

E L D O C T O R J E K I L L
Y M I S T E R H Y D E

R O B E R T L O U I S
S T E V E N S O N

Libros Tauro

LA AVENTURA DE LA PUERTA

Mister Utterson, el abogado, era un hombre de adusto semblante, jamás iluminado por una sonrisa; frío, parco y embarazado de discurso; tardo en la emoción; enjuto, largo, gris, polvoriento, nada ameno, y, sin embargo, simpático. En reuniones de amigos, y cuando el vino era de su gusto, un no sé qué, hondamente humano, se veía en sus ojos; algo que nunca llegó a exteriorizarse en palabras, pero que hablaba, no sólo a través de esos aspectos silenciosos de su fisonomía en la hora de la sobremesa, sino también, más a menudo y más alto, en los actos de su vida. Era austero para consigo mismo, a solas, bebía ginebra para mortificar su afición por los vinos buenos, y aunque gustaba del teatro, no iba a él desde hacía veinte años. Tenía, en cambio, una gran tolerancia para con los defectos del prójimo, admirando a veces, casi con envidia, la briosa vitalidad que suponían las fechorías de los demás; y puesto

en un apuro, se decidía por la ayuda antes que por la reprobación. "Me inclino — solía decir, finamente a la herejía de Caín; dejo a mi hermano que se vaya al diablo por el camino que más le guste". Por eso tenía casi siempre el privilegio de que fuera la suya la última amistad honrosa y la última influencia buena en la vida de los que marchaban hacia el despeñadero, a los cuales, cuando solían llamar a su puerta, siempre los recibía con la faz inalterable de la amistad.

Fácil debía de ser tal empresa para mister Utterson, porque era poco demostrativo aun en sus mejores momentos, y hasta sus mismas amistades parecían fundarse sólo en esa generosa amplitud de su benevolencia. Es señal de hombre modesto aceptar de manos de la casualidad, hecho ya y trazado, el círculo de sus amistades y tal le ocurría al abogado. Formaban las suyas su familia o las que había conocido desde más largo tiempo. Sus afectos, como la hiedra, eran meros crecimientos, obra de los años; no implicaban ninguna aptitud especial en el que las inspiraba.

De ahí, sin duda, los lazos que lo unían con mister Richard Enfield, su pariente lejano, tan conocido en la sociedad londinense. Era para muchos

un enigma qué es lo que cada uno de los dos podía encontrar de interesante en el otro, o de qué podrían tratar en común. Los que se topaban con ellos en sus paseos dominicales, decían que parecían mortalmente aburridos y que habrían recibido como un ansiado socorro la aparición de cualquier amigo. Pues, con todo, ambos ponían el mayor interés en esas excursiones, las preciaban como lo más gustoso de cada semana, y, para no interrumpirlas, no sólo rehusaban otras ocasiones de esparcimiento, sino que hasta llegaban a desatender sus quehaceres.

Sucedió que en una de esas caminatas fueron a dar a una callejuela de uno de los barrios más populosos de Londres. La calle era corta y de las llamadas tranquilas, pero de un activo comercio en los días de trabajo. Se veía que sus moradores prosperaban y que todos competían en la esperanza de prosperar aún más, gastando en coquetería el sobrante de sus ganancias; de suerte que las portadas y escaparates se mostraban a lo largo de la vía con un aire de invitación, como filas de sonrientes vendedoras. Hasta los domingos, cuando ocultaba sus encantos más llamativos y que se quedaba casi desierta, resaltaba en contraste con la pardusca suciedad de las de sus inmediaciones, como una fogata

en la umbría de un bosque; y con las puertas recién pintadas, las chapas brillantes y la limpieza y alegría general de tono, atraía en seguida y recreaba los ojos de los viandantes.

Dos puertas más allá de la esquina, en la acera izquierda, la entrada de un solar interrumpía la línea de la calle, y precisamente en aquel sitio, un cierto edificio siniestro proyectaba el alero de su tejado sobre la calle. Era de dos pisos, no se veían en él ventanas ni otra cosa que una puerta en la planta baja, y sobre ella, como una cara sin ojos el muro deslucido del piso alto. Se notaba en todos los detalles la señal de un largo y sórdido abandono: la puerta, despintada y llena de verrugas, no tenía llamador ni timbre; los vagos que se guarnecían en su umbral, usaban los cuarterones para encender fósforos; los niños jugaban a las tiendas en el umbral; los chicos de la escuela habían probado en las molduras el filo de sus cortaplumas, y había pasado casi una generación sin que se presentase nadie para ahuyentar a esos visitantes errabundos o para reparar sus estragos.

Mister Enfield y el abogado marchaban por la acera opuesta, y al llegar frente a la puerta, el primero levantó el bastón, señalándola. ¿Ha reparado

usted alguna vez en esa puerta? dijo.

Y como su acompañante contestase que sí, prosiguió: Me trae el recuerdo de una aventura muy rara.

¿De veras? dijo mister Utterson, con una leve alteración en la voz . ¿y qué fue esa aventura?

Pues verá usted. Volvía yo a mi casa, desde un sitio en el fin del mundo, a eso de las tres de una negrísima madrugada de invierno, y seguía mi camino por una parte de Londres donde no se veía absolutamente otra cosa que los faroles del alumbrado. Calle tras calle, y todo el mundo dormido...; una calle tras otra, todas iluminadas como para el paso de una comitiva y desiertas como una iglesia..., hasta que al fin, llegué a encontrarme en ese estado de ánimo en que se pone uno a escuchar, y se aguza el oído, y se empieza a ansiar la vista de un polizonte. De pronto vi dos figuras: una, un hombrecito que marchaba de prisa, la otra, una niña de ocho o diez años, que venía a todo correr por una calle transversal; los dos chocaron al llegar al cruce. Y aquí viene lo horrible del caso: el hombre pasó, pisoteando con toda calma el cuerpo de la criatura, y la dejó dando alaridos en el suelo. Contado así, parece poca cosa; pero verlo fue horrible. No parecía acto de un

ser humano, sino de un Juggernaut infernal. Le grité, eché a correr, me apoderé de mi hombre y lo hice volver hasta el sitio donde se había formado un grupo alrededor de la niña, que sollozaba. El hombre estaba perfectamente tranquilo y no hizo resistencia; pero me echó una mirada tan aviesa, que me produjo un sudor frío. Los que allí se encontraban eran de la familia de la víctima, y a poco se presentó el médico, en busca del cual había salido la niña de su casa.

"Pues bien: el accidente no tenía importancia: un mero susto, según el galeno; y aquí supondrá usted que se acabará el cuento. Pero había una circunstancia rara: al primer golpe de vista había yo sentido un intenso aborrecimiento por aquel hombre; lo mismo le había ocurrido a la familia de la niña, cosa que nada tenía de extraño; pero lo que me pasmó fue el caso del médico. Era el tipo corriente del boticario, sin edad definida, incoloro, con un fuerte acento de Edimburgo, y tan emotivo como una gaita. Pues oiga usted: estaba como todos nosotros, y cada vez que miraba a mi prisionero, se le veía palidecer y atragantarse como con ganas de matarlo. Leía yo sus pensamientos como él los míos; y puesto que no podíamos optar por un asesino

nato, hicimos lo único que cabía hacer. Le dijimos que estábamos resueltos a armar tal escándalo que su nombre iba a correr de boca en boca por todo Londres; que si tenía alguna amistad o algún prestigio que perder, corría de nuestra cuenta que los perdiese.

"Y a todo esto, mientras lo acorralábamos, teníamos que contener, a duras penas, a las mujeres, frenéticas como arpías, para que no se arrojasen sobre él. Jamás he visto un odio como el que se pintaba en aquel cerco de caras furibundas; y en el centro estaba el hombre, con una especie de torva e insolente frialdad, atemorizado, pero aguantando el chubasco como un Satanás. "Si ustedes han decidido sacar dinero a costa de este percance casual dijo me tengo, naturalmente, que someter. Todo caballero tiene que hacer lo posible para evitar un escándalo. ¿Cuánto es? Logramos arrancarle cien libras esterlinas para la familia de la niña.

Claro es que hubiera querido zafarse; pero había en todos nosotros algo tan amenazador que, al fin, capituló. Inmediatamente había que posesionarse del dinero, ¿y dónde creará usted que nos llevó? Pues a esa casa; sacó una llave, entró, y a poco volvió a salir con unas diez libras en oro y el resto en

un cheque contra el banco de Coutts, firmado al portador con un nombre que no debo mencionar, pues es una de las sorpresas de mi cuento; pero diré que era un nombre conocidísimo y que se ve a menudo en letras de molde. La cantidad era fuerte; pero la firma, si era auténtica, valía mucho más.

"Me permití insinuar a nuestro caballero que todo aquello tenía trazas de un fraude, y que no es lo corriente que uno entre por la puerta de un sótano a las cuatro de la mañana y salga con un cheque de cien libras firmado por otra persona. Pero él seguía tan fresco y burlón. "Tranquilícese me dijo ; me quedaré con ustedes hasta que se abra el banco, y yo mismo cobraré el cheque". Con eso nos pusimos en marcha el médico, el padre de la niña, el hombre y yo; pasamos en mi casa el resto de la noche, y al día siguiente, después de desayunar, nos fuimos en comitiva al banco. Presenté yo mismo el cheque, y dije que tenía mis razones para creer que era falso. Nada de eso: el cheque era legítimo.

Vaya, vaya... murmuró mister Utterson.

Veo que piensa usted como yo prosiguió mister Enfield . Sí, es un mal cuento. Porque aquel hombre era de esos con los que nadie puede andar en tratos, un ser verdaderamente diabólico, y

la persona que firmó el cheque es la espuma de la honorabilidad; célebre además y, lo que hace el caso peor, uno de esos que se dedican a lo que llaman hacer el bien. Se trata de un chantaje, me figuro; un buen hombre, a quien están exprimiendo por algún extravío de su mocedad. Por eso llamo la "casa del chantaje" a esa puerta. Pero aun eso no basta, como usted ve, para explicarlo todo —añadió, y permaneció largo rato pensativo.

De su distracción vino a sacarle mister Utterson, preguntando de pronto: —¿Y no sabe usted si el firmante del cheque vive ahí? ¡Vaya un sitio a propósito! He visto en alguna parte su dirección, y creo que vive en no sé qué plaza...

—¿Y no ha preguntado nada... acerca de esa puerta? No replicó mister Enfield, sentía un escrúpulo. Tengo gran aversión a eso de andar haciendo averiguaciones; tiene mucho de la fatalidad del juicio final. Pone uno en marcha una pregunta, y es lo mismo que empujar una piedra. Está usted sentado plácidamente en lo alto de un monte, y allá va la piedra, poniendo otras en movimiento, y a lo mejor, un pobre infeliz, el que menos se podía uno imaginar, recibe el coscorrón en la cabeza, en el propio jardín de su casa, y su familia tiene que cam-

biar de apellido. No, señor; he hecho de ello una regla; cuanto más huele a chamusquina, menos preguntas.

Muy buena regla, por cierto dijo el abogado. Pero yo mismo he estudiado estos lugares. En realidad, apenas parece una casa. No tiene ninguna otra puerta, y nadie entra ni sale por ella, a no ser, muy de tarde en tarde, el caballero dé mi aventura. Hay tres ventanas en el primer piso, que dan al callejón; en el bajo, ninguna; las ventanas están siempre cerradas, pero limpias. Y, además, hay una chimenea, de la que ordinariamente sale humo; así es que alguien debe vivir ahí. Y, sin embargo, no es seguro, porque los edificios están tan pegados unos a otros por el lado del callejón, que es difícil decir dónde acaba uno y dónde empieza el de al lado. La pareja prosiguió su paseo en silencio hasta que mister Utterson dijo: Enfield, es una buena regla la suya.

Así lo creo contestó el otro. Y, sin embargo continuó el abogado, hay un punto sobre el que tengo que preguntar: necesito saber el nombre del que pisoteó a la niña.

Bien; no veo ningún inconveniente: se llamaba Hyde.

Mister Utterson carraspeó: ¿Y qué aspecto tenía? No es fácil describirlo. Hay no sé qué en su aspecto que no es normal; algo desagradable, francamente detestable. Jamás he visto a nadie que me inspirase tal repulsión y, sin embargo, apenas sé por qué. Debe tener alguna deformidad; da una impresión de cosa contrahecha, aunque no puedo especificar en qué consiste. Es un hombre de aspecto extraordinario y, a pesar de eso, no puedo decir que tenga nada que se salga de lo corriente. No, señor, no acierto a describirlo. Y no es por falta de memoria, porque parece que lo estoy viendo. Mister Utterson echó a andar otra vez silencioso, y evidentemente, preocupado. ¿Está usted seguro de que empleó una llave? . pregunto al fin.

¡Amigo mío!... exclamó mister Enfield, sorprendido y desconcertado.

Si, ya sé que debe parecerle extraño. La verdad que si no pregunté el nombre de la otra persona ha sido porque ya lo sabía. Ya ve, Richard, que su cuento ha dado en el blanco. Si no ha sido exacto en algún pormenor, convendría que lo rectificase.

Creo que debía usted haberme prevenido contestó el otro con un asomo de enfado , pero he sido pedantescamente exacto, como usted dice. El individuo tenía una llave. Y aun hay más: la tiene

individuo tenía una llave. Y aun hay más: la tiene todavía y se la he visto usar aun no hace una semana.

Uttersson suspiró profundamente, y mister Enfield continuó: He aquí otra lección para no soltar la lengua. Estoy avergonzado de mi charlatanería. Hagamos un pacto de no hablar más de este asunto.

Con toda mi alma dijo el abogado , trato hecho, Richard.

EN BUSCA DE MISTER HYDE

Al oscurecer, llegó mister Utterson a su casa de soltero, con el ánimo abatido, y se sentó a comer sin ganas. Los domingos era costumbre suya, al acabar la comida, arrellanarse en una butaca junto al fuego, con un libro de áridas disquisiciones teológicas en el atril, hasta que sonaban las doce en el reloj de la iglesia vecina, y entonces, satisfecho y edificado, se iba a la cama. Aquella noche, sin embargo, apenas levantados los manteles, tomó una vela y se encaminó a su despacho; abrió una caja de caudales, sacó del rincón más escondido un pliego, en cuyo sobre se leía: "Testamento del doctor Jekyll ; y sentándose, con aire preocupado, se puso a leerlo. El testamento era ológrafo, porque él, aunque se había encargado de su custodia, no había querido tomar la menor parte en su ejecución. En él se disponía que

al ocurrir el fallecimiento de Henry Jekyll, doctor en derecho, doctor en letras, miembro de la Sociedad Real, etc., etc., todo cuanto poseía debería pasar a ser propiedad de su amigo y bienhechor Edward Hyde, y también que, en caso de "desaparición o ausencia inexplicada del doctor Jekyll, por un período mayor de tres meses", el dicho Edward Hyde entraría, sin más trámite, en posesión de todos los bienes, libre de toda carga u obligación, fuera del reparto de algunos legados insignificantes entre la servidumbre del doctor. Este documento había sido, desde mucho tiempo atrás, la pesadilla de Utterson. Le ofendía a la vez como letrado y como hombre amante de los caminos ordinarios y trillados de la vida, que consideraba lo original como inmodesto. Y si hasta entonces había sido la ignorancia de quién pudiera ser mister Hyde lo que aumentaba su indignación, ahora, por un cambio repentino, era el saberlo. Mal estaba cuando aquel nombre no era más que un mero apelativo, del cual nada más podía averiguar; mucho peor, cuando empezaba a revestirse de odiosos atributos; y de las brumas tenues y vagas que por tanto tiempo habían burlado su mirada, se destacaba, definida y precisa, la presencia de un malvado.

Creía que era locura se dijo al guardar el documento en la caja , y ahora empiezo a temer que sea deshonor.

Con esto sopló la bujía, se puso un gabán y salió en dirección de Cavendish Square, ese emporio de la medicina, donde su amigo, e) famoso doctor Lanyon, tenía su morada y recibía a la muchedumbre de sus clientes.

De saberlo alguien había pensado , Lanyon lo sabe. El solemne mayordomo lo conocía y lo acogió con cortesía. No se le hizo guardar antesala, y desde la puerta fue conducido al comedor, donde el doctor Lanyon estaba solo, de sobremesa, saboreando una copa de licor. Era un señor saludable, inquieto, de rubicunda faz, con un mechón de pelo prematuramente blanco y ademanes enérgicos y ruidosos. Al ver a Utterson, saltó de la silla y le estrechó ambas manos. La cordialidad de aquel hombre tenía, a primera vista, algo de teatral; pero nacía de un sentimiento sincero. Porque ambos eran viejos amigos, compañeros de escuela y de universidad, sintiendo los dos recíproco respeto, y, lo que no es siempre una obligada consecuencia, gozaban en su mutua compañía.

Después de hablar de todo un poco, el abogado

fue llevando la conversación hacia el asunto que tan desagradablemente lo preocupaba.

Me parece, Lanyon dijo , que tú y yo debemos de ser los dos amigos más viejos de Henry Jekyll.

¡Ojalá no fuésemos tan antiguos! contestó riéndose el doctor Lanyon . Pero creo que así es. ¿Y qué hay con eso? Ahora lo veo muy rara vez.

¿De veras? Yo creía que teníais cosas en que os interesabais los dos.

Las teníamos. Pero hace ya más de diez años que Henry Jekyll se fue haciendo más fantástico de lo que yo podía aguantar. Empezó a torcerse, a torcerse intelectualmente, y aunque, por supuesto, me intereso por él en gracia a la vieja amistad, como suele decirse, lo he visto y lo veo poquísimo. Tal galimatías anticientífico añadió el médico, enrojeciendo de pronto habría indispuerto a Damón con Pythias.

Este ligero desahogo de cólera tranquilizó algo a mister Utterson. "Estos pensó no han regañado más que por alguna cuestión de ciencia", y como era hombre que no sentía las pasiones científicas excepto en materia de transmisiones de dominio , se permitió añadir para sus adentros: "No ha sido

por cosa que valga la pena". Dejó pasar unos segundos para que su amigo se serenase, y abordó la cuestión que había ido a dilucidar: ¿Has tropezado alguna vez con un protegido suyo, un tal Hyde? ¿Hyde? repitió Lanyen . No, nunca oí hablar de él, al menos en mi tiempo.

Y esas fueron todas las noticias que se llevó consigo a la cama, grande y sombría, en la cual dio vueltas de un lado a otro hasta que fueron pasando las primeras horas de la madrugada. Fue una noche de menguado reposo para su atareada mente, que trabajaba en densas tinieblas y envuelta en interrogantes.

Dieron las seis en el reloj de la iglesia que tan cerca estaba de la casa de Utterson, y aun seguía éste buceando en el problema. Hasta entonces, sólo la inteligencia se había empeñado en resolverlo; pero ahora también la imaginación entraba en juego o, mejor dicho, quedaba aprisionada; y mientras yacía y se agitaba en la espesa oscuridad de la noche y de la encortinada habitación, el cuento de mister Enfield pasaba ante sus ojos como una sucesión de cuadros iluminados. Veía el vasto panorama de luces de una ciudad en la noche, la figura de un hombre que marchaba de prisa, la de una niña que salía

corriendo de la casa de un médico, y aquel Jugernaut con figura de hombre que pisoteaba a la niña después de atropellarla y proseguía su marcha sin hacer caso de los gritos de su víctima. Otras veces veía el salón de una casa suntuosa, donde su amigo, dormido, soñaba y sonreía; y de pronto la puerta se abría, las cortinas del lecho se separaban de un tirón, el durmiente era despertado, y... allí estaba a su lado quien tenía poder, aun en aquella hora nocturna, para obligarlo a que se levantase y a cumplir sus órdenes. La figura principal en esas dos escenas persiguió al abogado como una obsesión durante toda la noche; y si en algún momento llegaba a adormecerse, no era sino para seguir viéndola deslizarse, furtiva y cautelosa, a través de casas donde todo dormía, o, marchar cada vez más rápida, hasta producir vértigo, por los inmensos laberintos de una ciudad llena de luces; y la cual, en cada esquina, pisoteaba una niña y la dejaba chillando.

Y con todo, aquella figura no tenía una cara por la cual pudiera conocerla; hasta en los sueños le faltaba la cara, o la tenía tal que se burlaba de él, desvaneciéndose cuando la miraba. Y así fue cómo surgió en Utterson una curiosidad intensa, desenfrenada, por contemplar la fisonomía del verdadero mis-

ter Hyde. Pensaba que si una vez no más le fuera dado mirarlo bien, se aclararía el misterio, o acaso desapareciese del todo, como suele ocurrir con las cosas misteriosas cuando se las mira de cerca. Quizá pudiera él ver una razón que explicase la extraña preferencia o servidumbre llámesele como se quiera de su amigo, y hasta las insólitas cláusulas del testamento. Y, cuando menos, sería una cara que valdría la pena de que se la viese: la cara de un hombre en cuyo corazón no existía la misericordia; una cara que sólo con dejarse ver, era capaz de que surgiera en el espíritu impasible de Enfield un odio inextinguible.

Desde aquel día comenzó Utterson a rondar la calle de las tiendas. Por la mañana, antes de las horas de oficina; a mediodía, cuando eran mayores sus ocupaciones y el tiempo más escaso; de noche, bajo la brumosa faz de la luna londinense; a todas las luces y a todas las horas de soledad o de tráfago, se encontraba el abogado en el puesto que había escogido. Si él es mister Hyde se había dicho, yo seré mister Seek.

Y al fin vio su paciencia recompensada. Fue una noche fría, pero serena; la atmósfera parecía helada; las calles, limpias como un salón de baile; las luces

de gas, inmóviles en él aire tranquilo, proyectaban dibujos regulares de claridades y sombras. A las diez, cuando se cerraban los comercios, quedábase la calle muy solitaria y silenciosa, a pesar del sordo fragor de Londres, que llegaba de todas partes. Se percibían de lejos hasta los sonidos más tenues; los ruidos de las casas vecinas se oían con claridad desde ambas aceras, y el rumor de los pasos de un transeúnte que se acercaba le precedía largo rato. Mister Utterson llevaba algunos minutos en su puesto cuando oyó un ruido de pasos, raros y ligeros, de alguien que se iba aproximando. En el transcurso de sus guardias nocturnas se había acostumbrado al curioso efecto con que las pisadas de una sola persona, muy lejana aun, se aíslan y destacan de pronto del vasto zumbido rumoroso de la ciudad y, sin embargo, nunca había atraído su atención de aquel modo tan definido y enérgico, y por eso, con un supersticioso presentimiento de triunfo se guareció en la entrada del callejón.

Los pasos se acercaban rápidamente, y su rumor creció de repente cuando doblaron la esquina. Mister Utterson, atisbando desde su escondite, pudo ver en seguida la clase de hombre con quien tenía que habérselas. Era de corta estatura y vestido muy

modestamente, y, aun desde aquella distancia, produjo en el abogado una inexplicable repulsión. Se dirigió en derechura hacia la puerta, cruzando la calle en diagonal para ganar tiempo. Al acercarse, sacó la llave del bolsillo como quien llega a su casa.

Mister Utterson se adelantó y le tocó en el hombro al pasar.

¿Es usted mister Hyde? Mister Hyde se echó hacia atrás sobresaltado; pero el temor fue sólo momentáneo, y, aunque sin mirar al abogado a la cara, contestó con cierto desparpajo: Así me llamo. ¿Qué quiere usted? He visto que iba usted a entrar... Soy Utterson, un antiguo amigo del doctor Jekyll, de la calle de Gaunt; ya me habrá usted oído nombrar..., y encontrándole a usted tan a tiempo, he pensado que me permitiera entrar.

No hallaría usted al doctor Jekyll; no está en casa — respondió mister Hyde, sin levantar aún la vista —. ¿Cómo me ha conocido usted? — preguntó.

A su vez — dijo Utterson —, ¿quiere usted hacerme un favor? Con mucho gusto, ¿de qué se trata? — ¿Quiere usted permitirme que le vea bien la cara? Mister Hyde pareció vacilar, y luego, como obedeciendo a una súbita reflexión, irguió la cabeza

con aire de desafío, y los dos se estuvieron mirando fijamente durante unos segundos.

Ahora ya le reconoceré a usted dijo Utterson Puede ser de utilidad.

Sí afirmó mister Hyde . Está bien que nos hayamos conocido; y, "a propos", quiero que sepa usted mi dirección.

E indicó al abogado un número y el nombre de una calle en el Soho.

¡Santo Dios! exclamó para sí mister Utterson ¿Acaso habrá estado pensando también en el testamento? Pero se guardó sus pensamientos y se limitó a balbucear las gracias.

Y ahora dijo el otro , ¿cómo me ha conocido usted? Por descripción.

¿Hecha por quién? Tenemos amigos comunes.

¡Amigos comunes! repitió mister Hyde.
¿Quiénes son? ...

Jekill, por ejemplo.

¡Nunca le ha hablado a usted de mí! exclamó mister Hyde, rojo de ira . No le creía a usted capaz de mentir.

Vamos... dijo mister Utterson , ese no es un lenguaje decoroso.

Dio el otro un gruñido, que acabó en una salvaje risotada; y en un instante, con rapidez pasmosa, había abierto la puerta, y desaparecido dentro de la casa.

Al quedarse solo, el abogado permaneció inmóvil, como una imagen de la ansiedad. Después echó a caminar, pausadamente, calle arriba, deteniéndose cada dos pasos y llevándose la mano a la frente, como sumido en honda perplejidad. El problema que así iba debatiendo mientras se alejaba, era del género de los que rara vez se resuelven. Mister Hyde era pálido y desmedrado, producía una impresión de deformidad, sin que se pudiera precisar ningún defecto de conformación; tenía una sonrisa desagradable; se había conducido con el abogado con una especie de criminal mezcla de timidez y de audacia, y hablaba con una voz opaca, baja y entrecortada; todas esas cosas iban en su contra; pero todas ellas juntas no bastaban para explicar la aversión, el odio y el espanto con que mister Utterson lo recordaba. Tiene que haber algo más — se decía, perplejo —. Hay algo más, aunque no encuentro palabra que aplicarle. ¡Si ese hombre no parece cosa humana! Diría que tiene algo de troglodita. ¿O será la mera emanación de un alma inundada que rezu-

ma a través del barro que la contiene y la transfigura? Quizá sea eso, porque si alguna vez, ¡ay, mi pobre Harry Jekill! , he leído en una cara la firma de Satán, ha sido en la de tu nuevo amigo" A la vuelta de la esquina, saliendo de la travesía, había una plaza de bellas casas antiguas, ya decaídas, por la mayor parte, de su pasada grandeza, y que se alquilaban, por pisos y cuartos, a toda clase y condición de gentes: grabadores de mapas, arquitectos, oscuros abogados y agentes de empresas no menos oscuras. Una de ellas, sin embargo, la segunda desde la esquina, estaba todavía ocupada por entero; y a la puerta de aquella mansión que ostentaba un gran aspecto de regalo y riqueza, aun sumida como estaba en la oscuridad, sin otra luz que la que salía por la banderola de la puerta de entrada se detuvo y llamó mister Utterson. Abrió un sirviente anciano, muy bien trajeado.

Poole dijo el abogado , ¿está el doctor Jekill? Voy a ver, mister Utterson contestó Poole, haciendo pasar al visitante a un espacioso y confortable hall, de techo bajo, con piso de mosaico, calentado, a estilo de casa de campo, por una resplandeciente chimenea y amueblado con costosos arcones de roble.

¿Quiere el señor aguardar aquí, junto al fuego, o prefiere que encienda la luz en el comedor?

Aquí, muchas gracias contestó mister Utterson.

Y acercándose al fuego, se apoyó en la alta verja de metal que lo protegía. Este hall, en el que se quedó solo, era un capricho favorito de su amigo el doctor, y el mismo Utterson hablaba de él como la habitación más agradable de Londres. Pero aquella noche sentía escalofríos que le helaban la sangre; la cara de Hyde persistía, obstinada, en su memoria; experimentaba cosa rara en él como una náusea y un desgano de vivir; y en la negrura de su humor, le parecía ver algo amenazador en los reflejos trémulos del fuego sobre el pulimento de los muebles y en los inquietos saltos de las sombras proyectadas sobre el techo. Se sintió avergonzado de la tranquilidad que le produjo la vuelta de Poole para anunciarle que el doctor Jekyll había salido.

He visto entrar a mister Hyde por la puerta de la antigua sala de disección. ¿Está eso bien, Poole, cuando no se halla en casa el doctor Jekyll?

Perfectamente, mister Utterson. Mister Hyde tiene la llave.

Al parecer, Poole, su patrón tiene gran confianza en ese hombre prosiguió, abstraído.

Sí, señor, mucha. Todos tenemos orden de obedecerle.

No creo haberme nunca encontrado aquí con mister Hyde, ¿verdad? No, señor. Jamás cena en casa replicó el mayordomo . A decir verdad, por esta parte de la casa vemos muy poco; casi siempre entra y sale por el laboratorio.

Buenas noches, Poole.

Buenas noches, mister Utterson.

Y el abogado echó a caminar hacia su casa con el corazón oprimido. "¡Pobre Henry Jekyll! pensaba : me temo que andas en malos pasos. Era loco en su mocedad; cierto es que ya hace mucho tiempo de eso; pero en la ley de Dios no existe el capítulo de las prescripciones. ¡Ay! , eso debe de ser: el espectro de algún viejo pecado, el cáncer de alguna vergüenza oculta, el castigo que llega, pedo clauda, cuando la memoria ha olvidado ya, y nuestra propia indulgencia ha perdonado la falta". Y alarmado por esta idea, se puso a rumiar en su propio pasado, palpando en los recovecos de su memoria, con el temor de que saliera a luz inesperadamente algún antiguo pecado. Su pasado puede decirse que estaba limpio; pocos eran los que podían leer los archivos de sus vidas con menos aprensión; y, sin

embargo, se humillaba hasta el polvo por las muchas cosas malas que había hecho, y volvía a elevarse después a un estado de serena y temerosa gratitud por las muchas que había estado a punto de hacer y, al fin, evitado. Volviendo entonces al tema anterior, vislumbró un destello de esperanza. "Este caballero Hyde pensó, si se le estudiase, tiene que tener secretos de su propia cosecha, secretos negros, y tales que, comparados con ellos, los peores del pobre Jekill serían como rayos de sol. Las cosas no pueden seguir así. Me da frío pensar en ese engendro deslizándose como un ladrón hasta la cama de Harry. ¡Pobre Harry; qué despertar! Y el peligro que hay en ello; porque si este Hyde sospecha la existencia del testamento, puede entrarle impaciencia por heredar. Sí; tengo que arrimar el hombro al carro... si Jekill me deja añadió, si Jekill quiere dejarme". Porque una vez más veía en su imaginación, claras como en un espejo, las extrañas cláusulas del testamento.

EL DOCTOR JEKILL ESTABA TRANQUILO

Un par de semanas después quiso la buena suerte que el doctor diese una de sus deleitosas comidas a cinco o seis viejos amigotes, todos inteligentes, hombres de reputación y todos capacitados para juzgar un buen vino; y mister Utterson se arregló de modo que se quedó cuando los demás se fueron. Lejos de ser cosa insólita, ocurría esto muy a menudo. De la cual mister Utterson gustaba, gustaba de veras. Los anfitriones se complacían en retener al seco jurisconsulto cuando los frívolos y los habladores tenían ya el pie en el umbral; les agradaba descansar un rato en su discreta compañía y prepararse para la soledad, despejando sus espíritus en el gustoso silencio de aquel hombre, después del desgaste y el esfuerzo de la francachela. No hacía excepción a esta regla el doctor Jekill; y mientras estaba sentado junto a la chimenea, un cincuentón

alto, buen mozo, de rostro sereno, quizá con algo como una sombra de disimulo, pero con todos los rasgos de la inteligencia y la bondad, mostraba en la mirada un cordial y caluroso afecto por mister Utterson.

He estado esperando para hablarte, Jekill comenzó el último . ¿Te acuerdas de aquel testamento tuyo? Podía verse que el tema era desagradable; pero el doctor lo siguió, sin perder su buen humor. Mi buen Utterson dijo , tienes desgracia conmigo como cliente. Jamás he visto a nadie tan asustado como te vi a ti por mi testamento; a no ser aquel rígido pedante de Lanyon, ante lo que él llamaba mis herejías científicas... Sí, ya sé que es buena persona, no necesitas enfurruñarte, una excelente persona, y siempre estoy pensando en que nos veamos más a menudo; pero, con todo, es un pedantón, ignorante y vocinglero. Con nadie he sufrido un desengaño mayor que con él.

Ya sabes que nunca estuve conforme con aquello prosiguió Utterson, dando de lado bruscamente el tema. ¿Mi testamento? ... Sí, es verdad; lo sé dijo el doctor con cierta sequedad . Ya me lo has dicho.

Bueno; pues te lo vuelvo a decir. He sabido

ciertas cosas del joven Hyde.

Palideció hasta los labios el semblante, hermoso y varonil, del doctor Jekyll, y una sombra pasó por sus ojos.

No me interesa oír más — dijo —. Creía que habíamos convenido en no hablar más de ese asunto.

Lo que he oído es abominable.

No puede modificar nada. Tú no comprendes mis circunstancias — contestó el doctor con cierta incoherencia en el tono —. Estoy en una situación penosa, Utterson; mi posición es muy extraña... muy extraña. Es uno de esos asuntos que no se arreglan porque se hable de ellos.

Jekyll — dijo Utterson —, tú me conoces; soy hombre en el que se puede fiar. Cuéntame lo que te pasa, y no dudo de que te sacaré de apuros.

Mi buen Utterson, eres la bondad misma, la esencia de la bondad, y no sé cómo agradecértelo. Estoy seguro de lo que dices; confiaría en ti más que en nadie en el mundo; sí, más que en mí mismo, si me dieran a escoger. Pero no es lo que tú te figuras, no es tan malo como todo eso; y precisamente para tranquilizar tu buen corazón, voy a decirte una cosa: en el instante en que yo quiera, puedo desembara-

zarme de mister Hyde. Y no voy a añadir sino una palabra más, que espero, Utterson, que no tomes a mal; esta es una cuestión privada, y te ruego que dejes todo como está. Utterson reflexionó un rato, mirando al fuego. No dudo de que tienes razón

dijo al fin, poniéndose de pie. Bueno; pero ya que hemos tratado de ello, y espero que por última vez, hay un punto que quisiera que entendieses bien. Es cierto que tengo un gran interés por el pobre Hyde. Ya sé que lo has visto, él me lo ha dicho, y temo que haya estado grosero. Pero, verdaderamente, tengo un grande, un grandísimo interés por ese joven; si me muero, Utterson, quiero que me prometas que serás indulgente con él y que sostendrás sus derechos. Creo que lo harías si lo supieras todo, y me quitarías un peso de encima si me lo prometieses.

No puedo decir que llegará nunca a gustarme.

No pido eso dijo Jekyll en tono suplicante, tomando al abogado por el brazo. Sólo pido justicia; sólo pido que lo ayudes, por mí, cuando yo no esté aquí ya.

Utterson dejó escapar un suspiro, y dijo: Bien, te lo prometo.

EL ASESINATO DE CAREW

Aproximadamente un año después, en octubre de 18..., todo Londres fue sorprendido por un crimen de una extraña ferocidad, aun más resonante por la alta posición de la víctima. Los detalles eran pocos, pero fuera de lo común y corriente.

Una sirvienta que vivía sola en una casa no lejos del río, había subido a su cuarto, para acostarse, a eso de las once de la noche. Aunque después, a la madrugada, la ciudad se envolvió en niebla, en las primeras horas de la noche el cielo estaba limpio, y la calleja a la cual daba la ventana del cuarto aparecía brillantemente iluminada por la luna llena. Sin duda, tenía la doncella una cierta predisposición romántica, porque se sentó, arrobada en vagos ensueños, sobre un baúl colocado al pie de la ventana.

Nunca solía decir, corriéndole las lágrimas cuando relataba lo ocurrido, nunca se había sentido tan en paz con toda la gente, ni había notado

mayor placidez y sosiego en todas las cosas.

Y estando así sentada, vio que se acercaba por la calle un gallardo caballero anciano, de pelo blanco, mientras avanzaba en dirección opuesta, otro señor muy pequeño, en el que apenas se fijó. Cuando llegaron a ponerse al habla lo que ocurrió precisamente debajo de su ventana, el mas viejo hizo una reverencia y se acercó al otro con un gentil ademán de cortesía. No parecía que el motivo del coloquio fuera cosa importante; por manera de señalar, diríase que el anciano trataba tan solo de orientarse en su camino; pero mientras hablaban, la luna le iluminaba la cara, y la muchacha se deleitaba mirándolo, porque parecía desprenderse de él como un hálito de candorosa y anticuada bondad, y al mismo tiempo, sin embargo, tenía una cierta altivez en su continente, como nacida de un justo aprecio de sí mismo. Se fijó después en el otro y se sorprendió al reconocer en él un cierto mister Hyde, que en una ocasión había visitado a su amo, inspirándole una gran antipatía. Tenía el tal en la mano un recio bastón, con el que jugueteaba, y, sin contestar palabra a su interlocutor, parecía escucharle con mal reprimida impaciencia. Y, de pronto, su cólera estalló como un explosivo, dando patadas en

el suelo, blandiendo el garrote y conduciéndose, al decir la doncella, como un loco. El anciano retrocedió un paso, al parecer muy extrañado y un tanto ofendido; y con esto perdió mister Hyde todo freno y lo apaleó hasta derribarlo por tierra. Un instante después, con simiesco frenesí, estaba pisoteando a su víctima; y descargaba sobre ella tantos y tales golpes, que se oía el crujido de los huesos al romperse, y el cuerpo fue a parar al arroyo. A la vista de esos horrores, la doncella se desmayó.

Eran ya las dos de la mañana cuando volvió en sí y avisó a la policía. El asesino se había ido hacia ya mucho; pero allí yacía su víctima, en medio de la calleja, destrozado de un modo increíble. El bastón con que se había cometido el crimen — aunque era de una madera rara, pesada y recia — se había partido en dos: tal había sido la violencia de la vesánica agresión, y una mitad, astillada, había rodado hasta el borde de la acera; la otra, sin duda, se la había llevado el asesino. Sobre la víctima se encontró un portamonedas y un reloj de oro; pero no tarjetas ni otros documentos, a no ser un pliego lacrado y con franqueo — que, al parecer, llevaba al correo —, con el nombre y la dirección de mister Utterson.

Aquella misma mañana se lo presentaron al

abogado, cuando aun estaba en la cama; y tan pronto como lo vio y le dijeron las circunstancias del caso, alargó solemnemente el labio inferior, y dijo: Nada diré hasta que haya visto el cadáver; parece este un asunto muy serio. Tenga usted la bondad de esperar mientras me visto.

Y con el mismo grave continente, después de desayunar de prisa, se fue en un coche a la estación de policía, donde ya habían llevado el cadáver. En cuanto entró en la celda, hizo un gesto afirmativo: Sí dijo , lo conozco. Siento decir que es sir Danvers Carew.

¡Caramba! ¿Será posible? exclamó el funcionario, y en seguida brilló en sus ojos la ambición profesional . Esto va a hacer la mar de ruido. Y acaso usted pueda ayudarnos a echar mano al autor.

Y en pocas palabras le contó lo que la doncella había visto, y le enseñó el bastón roto.

Mister Utterson se había ya sobrecogido tan pronto como oyó el nombre de Hyde; pero cuando le pusieron delante del bastón, ya no pudo dudar: roto y desfigurado como estaba, vio que era el mismo que él había regalado, muchos años atrás, a Henry Jekyll.

¿Ese mister Hyde es bajo de estatura? pre-

guntó.

Muy pequeño y muy mal encarado, según dice la doncella.

Mister Utterson meditó, y luego, levantando la cabeza, dijo: Si quiere usted venir conmigo en mi coche, me parece que podré llevarlo a casa de ese hombre.

Ya eran las nueve de la mañana y se había echado encima la primera niebla de la estación. Un gran manto color chocolate descendía, ocultando el cielo; pero el viento embestía y dispersaba continuamente aquella falange de vapores. Y así, mientras el "cab" rodaba de calle en calle, mister Utterson iba contemplando una prodigiosa variedad de tintes y gradaciones de luz crepuscular; aquí, oscuridad como al comienzo de la noche; más allá, un cárdeno fulgor parduzco, como el reflejo de una extraña conflagración; en otro lado, sólo por un instante, la niebla se había disgregado y un lívido rayo de sol se filtraba por entre los flotantes jirones de brumas. El triste barrio de Soho, entrevisto en esos cambiantes atisbos, con sus calles fangosas y sus gentes desarrapadas, y sus luces de gas, que no se habían llegado a apagar o habían sido encendidas de nuevo para combatir aquella fúnebre reinvasión de las tinieblas,

surgía ante los ojos del abogado como un trozo de una ciudad de pesadilla. No eran, además, menos sombríos sus pensamientos, y cada vez que miraba a hurtadillas a su compañero de coche, sentía vagamente un asomo de ese terror de la justicia y de sus agentes, que puede asaltar, a veces, al más honrado de los hombres.

Al detenerse el "cab" en la dirección indicada, la niebla se levantó un poco, y mister Utterson pudo ver una calle renegrida, una taberna, una casa de comidas francesa de baja estofa, un tenducho de heterogéneas y míseras mercaderías, muchos chicos andrajosos amontonados en los quicios de las puertas y muchas mujeres de diversas nacionalidades que salían, llave en mano, a tomar la copa de la mañana. Y un instante después, la niebla se volvió a espesar en aquellos lugares, negra como hollín, le dejó aislado, ocultándole las canallescas cercanías. Allí estaba la vivienda del favorito de Henry Jekill, del presunto heredero de un cuarto de millón de libras esterlinas.

Una vieja de rostro marfilado y cabellos de plata abrió la puerta. Tenía una expresión aviesa, dulcificada por la hipocresía, pero finos modales.

Sí dijo , aquí vive mister Hyde; pero no

está en casa.

Había venido aquella noche muy tarde, y una hora después se había vuelto a ir. No era eso cosa rara, porque era de hábitos desordenados y se ausentaba con frecuencia; hacía ya cerca de dos meses que no le había visto hasta esa noche.

Está bien; queremos ver sus habitaciones dijo el abogado, y como la mujer empezara a protestar de que aquello no era posible, añadió : Más vale que sepa usted quién es este señor: es el inspector Newcomen, de Scotland Yard.

Por los ojos de la mujer pasó un destello de rencorosa alegría.

¡Ah! exclamó . ¡Lo han agarrado! ¿Qué es lo que ha hecho? Mister Utterson y el inspector cambiaron una mirada.

Al parecer, no goza de grandes simpatías observó el segundo . Y ahora, buena mujer, déjenos a este señor y a mí que echemos una mirada dentro.

De toda la casa, sólo habitada por la vieja, mister Hyde no había usado más que dos habitaciones; pero ambas estaban amuebladas con esplendidez y buen gusto. Había una despensa llena de vinos; el servicio de mesa era de plata; la mantelería, lujosa; un buen cuadro colgaba de uno de los muros, regalo

como Utterson penso de Henry Jekill, que era un aficionado inteligente, y las alfombras eran mu-llidas y elegantes. En aquel momento, sin embargo, todo daba señales de haber sido apresurada y re-cientemente vuelto de arriba abajo; por el suelo, ropas esparcidas con los bolsillos del revés; los ca-jones de las cómodas, abiertos, y en la chimenea, un montón de cenizas grises, como si se hubieran quemado papeles. De entre el montón desenterró el inspector el lomo verde, respetado por el fuego, de un talonario de cheques. La otra mitad del bastón apareció detrás de la puerta; y como esto remachaba sus sospechas, el funcionario se declaró encantado. Una visita al banco donde encontraron varios miles de libras esterlinas en la cuenta del asesino, colmó su gozo.

Créame usted, caballero dijo a mister Utter-son , que es como si ya lo tuviera en la mano. Ha tenido que perder la cabeza para dejarse el bastón y, sobre todo, para quemar el talonario. ¡Si el dinero era para él la vida! No tenemos ya más que hacer sino esperarlo en el banco y redactar los edictos.

Esto último no era, sin embargo, tan fácil de realizar, porque mister Hyde había tenido pocos amigos el patrón de la sirvienta sólo lo había

visto dos veces , no pudo hallarse por ninguna parte rastro de su familia, jamás se había retratado, y los pocos que podían dar sus señas estaban en completo desacuerdo, como ocurre siempre entre observadores vulgares. En un solo punto concordaban; y era en la sensación obsesionante de inefable deformidad que dejaba el fugitivo en cuantos lo veían.

LA CARTA DE MISTER HYDE

Ya oscurecía cuando Utterson llegó a la puerta del doctor Jekyll, donde fue recibido por Poole, el cual lo condujo inmediatamente a través de los departamentos de la cocina y de un gran patio que fue en su día jardín, hasta la parte del edificio que se designaba indistintamente como laboratorio o sala de disección. El doctor había comprado la casa a los herederos de un célebre cirujano, y, como sus aficiones se inclinaban más a la química que la anatomía, había cambiado el destino de la construcción levantada al final del jardín. Era la primera vez que el abogado había sido recibido en aquella parte de la residencia de su amigo, y contempló con curiosidad el negruzco edificio sin ventana, y echó una mirada en torno suyo, con una desagradable sensación de extrañeza, al cruzar el anfiteatro, colmado un día de inquietos estudiantes, y ahora vacío y silencioso, con

las mesas cargadas de aparatos de química, el suelo poblado de paja y jaulas de embalar, y la luz filtrándose débilmente a través de la brumosa cúpula. En el extremo opuesto, un tramo de escalera conducía hasta una puerta tapizada con bayeta roja, y por ella penetró, al fin, en el gabinete del doctor. Era una habitación amplia, rodeada de vitrinas y amueblada, entre otras cosas, con un espejo de cuerpo entero, montado sobre columnas, y una mesa de trabajo; tenía tres ventanas, polvorientas y enrejadas, que daban al callejón. El fuego ardía en la chimenea, y sobre la repisa había una lámpara encendida, porque hasta en el interior de las casas empezaba a espesarse la niebla. Allí, al arrimo del calor, estaba sentado el doctor Jekyll, al parecer, mortalmente enfermo. No se levantó para recibir al visitante, pero le tendió una mano helada, saludándole con voz alterada.

¿Y ahora dijo mister Utterson, tan pronto como se marchó Poole conoces la noticia? El doctor se estremeció.

La estaban pregonando en la plaza dijo . Los oía desde el comedor.

Una palabra nada más dijo el abogado Carew era mi cliente; pero también lo eres tú. Y necesito saber lo que hago. No habrás cometido la

locura de ocultar a ese hombre...

Utterson, juro ante Dios que jamás he de volver a verlo. Te doy mi palabra de honor de que he acabado con él en este mundo. Todo ha terminado. Y en verdad que no necesita de mi ayuda; tú no lo conoces como yo, está a salvo, completamente a salvo. Fíjate lo que te digo: ¡jamás se volverá a saber de él! El abogado escuchaba, sombrío; no le gustaba la febril exaltación de su amigo.

Parece que estás muy seguro de él, y espero, para bien tuyo, que estés en lo cierto. Si se llegase a un proceso, pudiera aparecer tu nombre.

Estoy completamente seguro replicó Jekyll. Tengo razones para estarlo, que no puedo confiar a nadie. Pero hay una cosa en que puedes aconsejarme: he recibido..., he recibido una carta. Quisiera dejar el asunto en tus manos, Utterson; estoy seguro de que decidirás lo más acertado; confío en ti en absoluto.

¿Temes, acaso, que pueda servir para lograr su detención? No contestó el otro. Nada me importa lo que le acontezca a Hyde. He terminado del todo con él. Pensaba en mi propia reputación, que este odioso asunto ha puesto en peligro.

Utterson musitó un rato. Le sorprendía el

egoísmo de su amigo, y a la vez lo tranquilizaba.

Bien dijo al fin muéstrame esa carta.

Estaba escrita con una letra rara, vertical, y firmada por Edward Hyde, y en ella se consignaba, con bastante laconismo, que su bienhechor, el señor Jekyll, a quien tan indignamente había recompensado por sus infinitas generosidades, no tenía que inquietarse por la seguridad del firmante, pues éste contaba con medios de fuga en los que tenía absoluta confianza. No le pareció mal la misiva al abogado; daba a aquella amistad un aspecto mejor que el que él se temía, y se censuraba a sí mismo por algunas de sus pasadas sospechas.

¿Tienes el sobre? preguntó.

Lo quemé sin darme cuenta de lo que hacía. Pero no tenía marcas de correo. La carta fue entregada en mano.

¿Quieres que me la guarde y consulte el asunto con la almohada? preguntó Utterson.

Quiero que tú juzgues por mí. He perdido toda confianza en mí mismo.

Bien, lo pensaré contestó el abogado. Y ahora una palabra más: ¿fue Hyde el que dictó lo que se dice en tu testamento acerca de aquella desaparición? El doctor permaneció sobrecogido por

una especie de síncope; apretó los labios y asintió con la cabeza.

Lo sabía dijo Utterson Ese hombre planeaba asesinarle. Has tenido suerte de escapar de milagro.

He tenido replicó el doctor, solemnemente algo que importaba más. He tenido una lección... ¡Dios mío! ¡Y qué lección ha sido, Utterson! Y por un instante se cubrió la cara con las manos.

Al salir se detuvo el abogado y cruzó algunas palabras con Poole. A propósito dijo , hoy han traído una carta: ¿que aspecto tenía el que la entregó? Pero Poole estaba seguro de que nada se había recibido, como no fuera por correo, "y para eso, únicamente prospectos" añadió.

Estas noticias hicieron partir al visitante con todos sus temores renovados. Estaba claro que la carta había llegado por la puerta del laboratorio; hasta era posible que hubiera sido escrita en el gabinete; y si así fuera, había que juzgarla de distinto modo y manejarla con mayor cautela. Por el camino, los vendedores de periódicos, a lo largo de las aceras, gritaban hasta enronquecer: ¡Edición especial! ¡El terrible asesinato de un miembro del Parlamento! " Aquello era la oración fúnebre de un

amigo y cliente, y Utterson no podía eludir un cierto temor de que el buen nombre de otro amigo se viera envuelto en el remolino del escándalo. La decisión que tenía que tomar era, por lo menos, escabrosa; y aun acostumbrado como estaba a fiar en sí mismo, empezó a acariciar un vano deseo de pedir un consejo. No podía buscarlo abiertamente; pero acaso, pensó, pudiera armar un anzuelo.

Poco después estaba sentado a un lado de la chimenea con Guest, su secretario; equidistante de ambos, y a una distancia del fuego calculada con sabia minuciosidad, una botella de cierto vino añejo que había dormido largo tiempo a la sombra de los subsuelos de la casa. La ciudad seguía aún sepultada en la niebla, y los faroles del alumbrado fulguraban como diamantes; y a través de esas nubes bajas que amortiguaban los ruidos, la vida de la ciudad continuaba rodando por las grandes arterias, con un rumor como el de un fuerte viento lejano.

Pero el resplandor del fuego alegraba la habitación; en la botella, los ácidos se habían dulcificado hacía mucho tiempo; el rojo púrpura había perdido su crudeza con la vejez, como las vidrieras de colores se hacen más ricas de tonos con los años; y el esplendor de las cálidas tardes otoñales, en las lade-

ras soleadas de los viñedos, estaba allí esperando para que se le dejase libre y disipar las brumas de Londres. Insensiblemente, el abogado se iba ablandando. Con nadie guardaba menos secretos que con Guest, y no siempre estaba seguro de que guardaba de él todos los que se proponía. Guest había frecuentado la casa del doctor para tratar de los asuntos de éste; conocía a Poole, y raro sería que no hubiese oído algo de la introducción de Hyde en aquella casa, y podía haber sacado consecuencias. ¿No sería, pues, conveniente que viese una carta que explicaba satisfactoriamente aquel misterio? Y, sobre todo, puesto que Guest se dedicaba a la grafología y era gran perito en materia de letras, ¿no lo interpretaría como cosa natural y como un acto de amabilidad? El secretario, además, era hombre de consejo; no era fácil que leyese el documento sin hacer alguna observación, y quizá por ella pudiese mister Utterson sealar su futuro rumbo.

Es cosa triste lo de sir Danvers dijo.

Verdad es. Ha causado general indignación contestó Guest. Por supuesto, que ese hombre estaba loco.

Quisiera saber su opinión al respecto. Tengo aquí un documento escrito por él; y esto queda en-

tre usted y yo, porque es un asunto feo, y aun no sé qué debo hacer. Pero ahí está... completamente dentro de sus aficiones: el autógrafo de un asesino.

A mister Guest le brillaron los ojos y se puso a estudiar el documento con ardor.

No dijo , no es de loco; pero es una letra rara. Y, por lo visto, de un escritor muy raro añadió el abogado.

Precisamente en aquel momento entró un criado con una carta.

¿Es del doctor Jekyll? preguntó el secretario . Me pareció reconocer la letra. ¿Es cosa reservada, mister Utterson? No es más que una invitación para una comida. ¿Qué? ¿Quiere usted verla?

Sólo un momento. Muchas gracias y el secretario puso las dos hojas una al lado de la otra y examinó minuciosamente su contenido.

Gracias dijo al fin, devolviéndoselas ; es un autógrafo muy interesante. Hubo una pausa, durante la cual sostuvo el abogado una lucha interior.

¿Por qué las ha comparado usted? preguntó de pronto.

¡Qué sé yo! Tienen una extraña semejanza: las dos letras son, en muchas cosas, idénticas; sólo se diferencian en la inclinación.

Es curioso dijo Utterson.

Es curioso, como usted dice.

Yo no hablaría palabra de esta carta dijo el secretario.

No, señor contestó el secretario . Entendido.

Apenas mister Utterson se vio solo, encerró la carta en la caja de hierro, en donde reposó de allí en adelante. "¿Qué es esto? pensó ¡Henry Jekill cometiendo falsificaciones para salvar a un asesino! ... Y sintió como si la sangre se le enfriase en las venas.

LO QUE LE OCURRIÓ AL DOCTOR LANYON

Pasó el tiempo; miles de libras esterlinas fueron ofrecidas para descubrir al asesino, pues la muerte de sir Danvers se tomó como una pública ofensa. Pero mister Hyde había desaparecido; estaba fuera del alcance de la policía, como si jamás hubiera existido. Se desenterró mucho de su pasado, y todo él era ignominioso; se oyeron historias de la crueldad de aquel hombre, a la vez impasible y violenta; de la vileza de su vida, de sus extrañas compañías, del odio que por todas partes había despertado; pero de su paradero, ni una palabra. Desde el instante en que salió de la casa del Soho, en la mañana del crimen, diríase que se había disipado; y poco a poco, a medida que el tiempo pasaba, empezó mister Utterson a reponerse de la inquietud de sus alarmas, y se iba apaciguando su espíritu. La muerte de sir Danvers estaba, a su parecer, mas que compensada

por la desaparición de mister Hyde. Libertado de aquella influencia diabólica, había comenzado una nueva vida para el doctor Jekyll. Salió de su retiro, reanudó el trato con sus amigos y fue una vez más su huésped habitual o su anfitrión; y si siempre había sido conocido por sus caridades, era ahora no menos notoria su religiosidad. Trabajaba, hacía mucho ejercicio al aire libre, practicaba el bien; en su semblante despejado parecía traslucirse la interior satisfacción de ser útil, y durante más de dos meses vivió el doctor en paz consigo mismo. El 8 de enero, Utterson había comido en casa de Jekyll con unos pocos amigos. También estaba Lanyon, y las miradas afectuosas de Jekyll habían ido del uno al otro, como en los días lejanos en que los tres eran inseparables compañeros. El 12, y otra vez el 14, el abogado se encontró con la puerta cerrada. "El doctor había dicho Poole estaba encerrado en sus habitaciones y no recibía a nadie". El 15 hizo otro intento para verlo, y otra vez se le negó la entrada; y habiéndose ya habituado en los últimos meses a ver a su amigo casi a diario, este retorno a la soledad le oprimía el ánimo. La quinta noche tuvo a Guest a cenar, y la sexta se fue a ver al doctor Lanyon.

Allí, al menos, encontró la entrada franca; pero, una vez dentro, se quedó atónito ante el cambio que había sufrido el aspecto de su amigo. Tenía escrita en la cara su sentencia de muerte. La faz rubicunda había palidecido, estaba mucho más flaco, parecía más calvo y más viejo; pero no fueron tanto esos síntomas de acelerada ruina corporal lo que llamó la atención del abogado, como algo que observó en su mirada y en sus ademanes, y que parecía ser muestra de que se hallaba sobrecogido por un intenso terror. No era probable que el doctor temiese a la muerte; y, no obstante, Utterson se inclinaba a creerlo así. "El es médico pensó, tiene que conocer su propio estado y que sus días están contados y ese convencimiento es superior a sus fuerzas". Y, sin embargo, cuando Utterson le habló de su mal aspecto, Lanyon, en tono tranquilo, se declaró hombre perdido. He tenido un susto dijo, y ya nunca me repondré. Es cuestión de unas semanas. Bien; la vida ha sido placentera, gusté de ella, sí, me habitué a gustar de ella. A veces pienso que, si lo supiéramos todo, nos gustaría más no estar vivos. Jekyll también está enfermo observó Utterson. ¿Lo has visto? Pero el semblante de Lanyon se demudó, y, levantando una mano temblorosa,

dijo con alta e insegura voz: No quiero verlo ni oír hablar más de él. He terminado del todo con esa persona, y te pido que me evites toda alusión a uno que ha muerto para mí.

¡Vamos, vamos! ... dijo mister Utterson, Y después de un largo silencio: ¿No podría yo hacer algo? Nada puede hacerse: pregúntaselo a él mismo.

No quiere verme.

No me extraña. Algún día, Utterson, cuando yo haya muerto, acaso llegues a saber la razón de todo esto. Nada puedo decirte. Y, entretanto, si puedes sentarte y hablarme de otras cosas, quédate, por Dios, y hazlo así; pero si no puedes dejar a un lado ese maldito tema, entonces, vete, porque no puedo sufrirlo.

Tan pronto como Utterson llegó a su casa, se puso a escribir a Jekill, quejándose de que no lo recibiera y preguntándole la causa de aquella desdichada ruptura con Lanyon; y al siguiente día recibió una larga respuesta, concebida casi toda ella en términos hondamente patéticos y, a trechos, con tendencia a una misteriosa oscuridad. La querella con Lanyon no tenía remedio. "No culpo a nuestro buen amigo escribía Jekill ; pero estoy de

acuerdo con él en que no debemos vernos mas. Pienso, de aquí en adelante, llevar una vida de extremado recogimiento, y no debe sorprenderte, ni debes dudar de mi amistad si, con frecuencia, está cerrada mi puerta, hasta para ti. Tienes que dejarme seguir mi propio oscuro camino. He traído sobre mí un castigo y un peligro que no puedo nombrar. Si soy el mayor de los pecadores, soy también el mayor de los afligidos. No podía pensar que en este mundo se llegasen a sufrir tormentos y terrores tan aniquiladores, y sólo una cosa puedes hacer para aliviar este sino: respetar mi silencio".

Uttersson quedó confuso; la negra influencia de Hyde había desaparecido; el doctor había vuelto a sus habituales labores y amistades; una semana antes, el futuro le sonreía con todas las esperanzas de una vejez, placentera y honorable; y ahora, en un instante, la amistad, la paz del ánimo y todo el curso de su vida, se habían derrumbado. Tan brusca e inesperada mudanza era indicio de locura; pero, en vista de la actitud y de las palabras de Lanyon, debía tener todo aquello más hondas raíces.

Una semana más tarde, el doctor Lanyon cayó en cama, y en menos de quince días había muerto. La noche siguiente al entierro, que lo había afectado

mucho, Utterson cerró por dentro la puerta de su despacho, y, a la luz de una melancólica bujía, sacó y puso ante sí un gran sobre con la dirección escrita por mano de su difunto amigo y lacrado con un sello. "Reservado. Para ser entregado a J. G. Utterson tan sólo y, en caso de su premuerte, para que se destruya sin ser leído". Así decía, terminantemente, el sobre; y el abogado temía ver lo que allí se encerraba. "He enterrado hoy a un amigo pensaba , ¿y si esto me costase perder otro? " Desechó el miedo, como una deslealtad, y rompió el sello. Dentro había otro pliego, también sellado, y en cuya cubierta decía: "No debe abrirse hasta el fallecimiento o la desaparición del doctor Jekill".

Utterson no podía dar fe a sus ojos. Sí decía desaparición ; aquí de nuevo, como en aquel testamento estrafalario que había devuelto a su autor hacía ya mucho tiempo ; también aquí, por segunda vez, la idea de una desaparición y el nombre de Henry Jekill aparecían unidos. Pero en el testamento, la idea se debía a la siniestra sugestión de aquel Hyde: estaba consignada allí con un propósito tan claro como horrible. Escrita por mano de Lanyon, ¿qué significaría? Una irresistible curiosidad se apoderó de Utterson, tentándolo a desobe-

decer la prohibición y ahondar de una vez hasta el fondo de aquel misterio; pero el honor profesional y la fidelidad a su amigo muerto eran rígidos deberes, y el paquete volvió a dormir en el rincón más profundo de la caja de hierro.

Una cosa es reprimir la curiosidad, y otra, vencerla, y puede dudarse de si después de aquel día, Utterson deseó con igual ardor la sociedad del amigo superviviente. Pensaba en él con afecto, pero sus pensamientos eran intranquilos y temerosos. Cierto es que iba a visitarlo; pero quizá sentía una satisfacción cuando se le negaba la entrada; quizá, en el fondo de su corazón, prefería hablar con Poole en el umbral, al aire libre y sintiendo a su alrededor los ruidos de la ciudad, a penetrar en aquella casa convertida en voluntaria prisión y hacer compañía y hablar al inescrutable recluso. Poole no tenía, en verdad, noticias muy agradables que comunicar. Al parecer, el doctor vivía encerrado, ahora más que nunca, en el gabinete contiguo al laboratorio y, a veces, hasta dormía allí; estaba taciturno, se había hecho muy silencioso, no leía, y parecía dominado por una gran preocupación. Utterson llegó a estar tan acostumbrado a la invariable repetición de esos informes, que, poco a poco, fue haciendo más lar-

DOCTOR JEKILL Y MISTER HYDE

gos los intervalos entre sus visitas.

UN INCIDENTE EN LA VENTANA

Sucedió que un domingo, cuando mister Utterson daba su acostumbrado paseo con mister Enfield, fueron a parar una vez más a la callejuela, y al llegar frente a la puerta, ambos se detuvieron y se quedaron mirándola.

Bien dijo Enfield ; aquella historia se ha acabado al fin. Ya no veremos más a mister Hyde.

Espero que no dijo Utterson . ¿Le he dicho que lo vi una vez y que me produjo el mismo sentimiento de repulsión? Una cosa tenía que ir con la otra. Y, a propósito: ¡qué tonto me debió usted creer por no haber caído la cuenta de que ésta era la puerta trasera de la casa del doctor Jekyll! Fue culpa de usted, en parte, el que yo lo descubriese cuando lo descubrí.

¿De modo que llegó usted a descubrirlo? Pues si es así, podemos entrar en el callejón y echar una mirada a las ventanas. A decir verdad, estoy in-

tranquilo por el pobre Jekill, y siento como si, aun desde fuera, la presencia de un amigo pudiera hacerle bien.

El callejón estaba muy frío y húmedo, sumido ya en un crepúsculo anticipado, aunque el cielo, allá arriba, sobre las cabezas, aun brillaba con el sol del ocaso. De las tres ventanas, estaba entreabierta la del medio, y sentado junto a ella, tomando el aire, con aspecto de infinita tristeza, como un prisionero sin esperanza, vio Utterson al doctor Jekill.

¡Eh! ¡Jekill! le gritó . ¿Qué? ¿Estás mejor? Estoy muy deprimido, Utterson contestó el doctor con voz lúgubre . Muy deprimido. Ya no durará mucho, gracias a Dios.

Estás demasiado encerrado. Deberías salir para mover la sangre, como Enfield y yo... Mi pariente mister Enfield... El doctor Jekill. Vamos, ponte el sombrero y vente a dar una vuelta con nosotros.

Muchas gracias suspiró el otro . ¡De qué buena gana lo haría! Pero no, no, es completamente imposible; no me atrevo. Pero, de veras, Utterson, me alegro tanto de verte, me das un gran placer... Pediría a ti y a mister Enfield que subieseis; pero éste no es sitio para recibir a nadie.

Pues, entonces — dijo el abogado, bondadosamente —, lo mejor que podemos hacer es estarnos donde estamos y te hablaremos desde aquí.

Eso precisamente iba a atreverme a rogarles contestó el doctor, sonriendo.

Pero, apenas había pronunciado esas palabras, cuando se borró la sonrisa y se trocó en una expresión de tan abyecto terror y desesperación, que dejó helados hasta la médula a los que estaban abajo. Lo vieron como en un relámpago, porque, instantáneamente, se cerró la ventana; pero aquel vislumbre había bastado, y dieron la vuelta y salieron del callejón sin decir palabra. Hasta que no llegaron a una calle próxima, donde hasta los domingos había movimiento y vida, no se miraron ni hablaron los amigos. Los dos estaban pálidos, y cada uno vio en los ojos del otro un espanto que respondía al suyo.

¡Dios nos valga, Dios nos valga! — dijo Uttersson. Enfield sólo asintió con la cabeza, muy serio, y otra vez echó a andar en silencio.

LA ULTIMA NOCHE

Mister Utterson estaba sentado junto al fuego una noche, después de cenar, cuando se vio sorprendido por la visita de Poole.

¡Hola, Poole! ¿Qué lo trae a usted por aquí? Y después de mirarlo con más atención: ¿Qué le pasa a usted? añadió . ¿Está enfermo el doctor?

Mister Utterson contestó el hombre ; allí pasa algo malo.

Siéntese usted, y ahí tiene una copa de vino. Y ahora, serénesese y dígame sencillamente lo que quiere.

El señor sabe las cosas del doctor y cómo se encierra. Bueno; pues se ha encerrado otra vez en el gabinete, y no me gusta, señor... Que me maten si me gusta. Mister Utterson: tengo miedo.

Vamos, hombre, explíquese usted. ¿De qué tiene miedo? He tenido miedo desde hace más

de una semana contestó Poole, evadiendo tozudamente la pregunta , ya no puedo más.

Su aspecto corroboraba ampliamente sus palabras. Hasta su urbanidad lo había abandonado, y excepto al declarar por primera vez su terror, no había vuelto a mirar al abogado a la cara. En aquel momento estaba sentado, con la copa de vino, intacta, sobre la rodilla, y los ojos fijos en un rincón.

¡No puedo soportarlo ya más! repetía.

Vamos dijo el abogado , ya veo que tiene usted algún motivo serio, Poole, y que algo grave ocurre. Trate usted de decirme lo que es. Creo que allí ha habido una mala jugada respondió Poole con voz ronca.

¡Mala jugada! gritó el abogado, asustadísimo, y, por consiguiente, pronto a encolerizarse . ¿Qué mala jugada? ¿Qué quiere decir, hombre? No me atrevo a decirlo; pero, ¿quiere usted venir conmigo y ver por sí mismo; La respuesta de mister Utterson fue levantarse y ponerse el gabán y el sombrero; y observó con sorpresa el gran consuelo que se traslucía en la cara del mayordomo y, quizá con no menor asombro, que el vino estaba aun sin probar, cuando aquél lo dejó sobre la mesa para seguirlo. Era una noche revuelta y fría, propia de mar-

zo, con una media luna pálida, caída hacia atrás como si el viento la hubiese volcado, y un caos de nubes de diáfana y algodonosa contextura, que volaban rápidas. El viento hacía difícil la conversación y enrojecía las caras; diríase, además, que había barrido las calles de transeúntes, porque mister Utterson pensó que jamás había visto tan desierta aquella parte de Londres. Ojalá no hubiese sido así; nunca en su vida había sentido ansia tan intensa de ver y tocar a sus prójimos, porque, aunque luchase para ahuyentarlo, pesaba sobre su espíritu un aplastante presentimiento de calamidad.

En la plaza, cuando a ella llegaron, levantaba el viento nubes de polvo y hacía cimbrarse como zurriagos los delgados árboles del jardín a lo largo de la verja. Poole, que durante todo el camino iba un poco adelante, se paró y, a pesar del frío penetrante, se quitó el sombrero y se secó a frente con un pañuelo rojo. Pero, aun con lo apresurado de la caminata, no era el sudor del ejercicio lo que se enjugaba, sino el de la ahogadora angustia que sentía, pues tenía blanco el semblante, y la voz, al hablar, ronca y entrecortada.

Bien, señor, ya hemos llegado, y permita Dios que nada malo haya pasado.

Quiéralo Dios, Poole dijo el abogado.

Con esto, el criado llamó de muy cautelosa manera; la puerta se entreabrió, sujeta por la cadena, y una voz preguntó desde adentro: ¿Es usted, Poole? Soy yo; abra la puerta.

El hall estaba brillantemente iluminado; había una pila de carbón en la chimenea, y en torno a ella toda la servidumbre, hombres y mujeres, apiñados como un rebaño de ovejas. Al ver a mister Utterson, la doncella rompió en un gimoteo histérico, y la cocinera, gritando: ¡Gracias a Dios! ¡Es mister Utterson! Se abalanzó como para estrecharlo en sus brazos.

¿Qué es esto? ¿Qué pasa? ¿Están ustedes todos aquí? dijo con enojo el abogado. Esto no está bien, esto no es regular. A vuestro amo no le haría ninguna gracia.

Todos tienen miedo dijo Poole.

Siguió un silencio turbador, sin que ninguno protestase; sólo la doncella levantó el grito y se puso a llorar ruidosamente ¡Cállate! le dijo Poole con acento tan feroz que denotaba el alboroto de sus propios nervios.

Y en verdad que, al levantar la muchacha de pronto la nota de su lamentación, todos se habían

estremecido, volviéndose hacia la puerta interior con caras de temerosa expectación.

Y ahora continuó el mayordomo, dirigiéndose al pinche , tráeme una vela y vamos a despachar este asunto de una vez.

Y rogando a mister Utterson que lo siguiese, echó a andar hacia el jardín.

Ahora dijo , venga usted con toda la precaución que pueda. Quiero que oiga usted sin que lo oigan. Y mire, señor: si por casualidad le dijese él que entrase, no entre usted.

Los nervios de Utterson, ante esta conclusión inesperada, dieron una sacudida que casi le hizo perder el equilibrio, pero reunió todo su valor y siguió al mayordomo al edificio del laboratorio y a través del anfiteatro, por entre los montones de embalajes y frascos, hasta el pie de la escalera. Allí, Poole le hizo señas de que se detuviese a un lado y escuchase; y él, después de poner el candelero en el suelo y haciendo un visible esfuerzo para decidirse, golpeó con insegura mano en la bayeta roja de la puerta del gabinete. Señor: mister Utterson quiere ver a usted dijo en alta voz, haciendo entre tanto exageradas señas al abogado para que escuchase. Una voz quejumbrosa respondió desde adentro:

Dígale que no puedo ver a nadie.

Está bien, señor — dijo Poole con un tono como de triunfo.

Y, tomando el candelero, llevó a mister Utterson, atravesando el patio, hasta la espaciosa cocina donde el fuego estaba apagado y las cucarachas correteaban por el suelo.

¿Era la voz de mi amo? — dijo a mister Utterson, mirándole a los ojos.

Parece muy cambiada — contestó el abogado, palidísimo, pero sin bajar la mirada.

¿Cambiada? ¡Ya lo creo! — ¿He estado yo veinte años al lado de esta persona para que me engañen con su voz? No, señor; al amo lo han matado. Lo han matado hace ocho días, cuando lo oímos gritar: "Por Dios" ¡Y quién está allí en lugar de él, y por qué está allí es cosa que clama el cielo, mister Utterson! Es una historia rara, Poole; una historia escabrosa — dijo mister Utterson, mordiéndose un dedo. — Supongamos que es lo que usted se figura; supongamos que el doctor Jekyll haya sido..., bueno..., asesinado; ¿qué podía inducir al asesino a quedarse? Eso no se sostiene; no es razonable.

Bien, mister Utterson; no es usted fácil de convencer; pero voy a convencerlo. Sepa usted que

toda esta semana, él, o eso, cualquiera que sea lo que vive en el gabinete, ha estado clamando noche y día por cierta medicina y no puede conseguirla a su gusto. A veces, acostumbraba... él, el amo, por supuesto..., a escribir sus órdenes en una hoja de papel y echarla en la escalera. No hemos tenido otra cosa en toda la semana pasada: nada más que papeles, y la puerta cerrada, y hasta las mismas comidas, dejadas allí fuera, para que las atrapase a escondidas, cuando nadie lo veía. Bien, señor: diariamente, y aun dos o tres veces en el mismo día, ha habido órdenes y quejas, y he salido volando a todas las farmacias y droguerías de la ciudad. Cada vez que traía lo pedido, allí estaba otro papel diciéndome que lo devolviese, porque no era puro, y con otro pedido para otra farmacia. Esa droga se necesitaba indispensablemente, sea para lo que fuera.

¿Tiene usted algún papel de éstos? Poole se palpó los bolsillos y sacó una nota arrugada, la cual fue examinada cuidadosamente por el abogado, acercándose a la luz. Decía así: "El doctor Jekill saluda a los señores Maw y les asegura que su última muestra es impura y completamente inútil para el propósito al que la destina. En el año 18... les compró una cantidad bastante considerable, y ahora les

ruega que busquen con el más escrupuloso cuidado, y, si les queda algo de la misma calidad, que se lo envíen inmediatamente, sin reparar en el precio. No cabe ponderar la importancia que esto tiene para el doctor Jekyll". Hasta aquí la nota estaba pergeñada correctamente; pero en este punto, con un repentino embarullamiento de la pluma, la emoción del escritor se desbordó: "¡Por Dios había añadido, búsqúenme algo de la de antes!" Es una nota extraña dijo mister Utterson, y después añadió severamente: ¿Cómo es que la tiene usted abierta?

El dependiente de Maw se enfadó mucho, y me la tiró, como si fuera una basura.

Esta es, sin ninguna duda, la letra del doctor, ¿no le parece a usted? Creí que se parecía dijo el criado mohíno, y después, con la voz alterada: ¡Pero, qué me importa la letra! ¡Yo lo he visto! ¿Visto? repitió mister Utterson. ¿Y qué? Sí, señor, y fue de este modo: entré de pronto en el anfiteatro desde el jardín. Parece que se había deslizado fuera para buscar una droga, o lo que sea, pues la puerta del gabinete estaba abierta y él estaba allí, al final de la habitación, rebuscando entre las jaulas. Levantó la vista al entrar yo, dio como un grito y se lanzó por la escalera al gabinete. No lo vi más que

un instante; pero el pelo se me puso de punta. Señor: si aquél era mi amo, ¿por qué tenía puesta una careta? Si era mi amo, ¿por qué chilló como una rata y huyó de mí? Le he servido mucho tiempo, y ahora...

El hombre calló y se pasó la mano por la cara.

Son todas ellas circunstancias muy extrañas dijo Mister Utterson ; parece que empiezo a ver claro. El amo, Poole, tiene evidentemente una de esas enfermedades que a la vez torturan y deforman al que las sufre; de ahí, a lo que alcanzo, el cambio de su voz; de ahí la careta y que se oculte de sus amigos; de ahí su ansia de hallar esa medicina con la cual el pobre tiene alguna esperanza de llegar a curarse..., y Dios quiera que no se engañe. Esta es la explicación: es espantosa y triste, Poole, pero es natural y sencilla, se acomoda bien con los hechos y nos libra de las alarmas exageradas.

"Aquello" no era mi amo dijo el mayordomo, volviendo a ponerse pálido . Y esta es la verdad El amo y al llegar aquí miró alrededor y se puso a cuchichear es alto y buen mozo, y aquello era más bien un enano.

Utterson quiso protestar.

¡Señor! grito Poole ; ¿cree usted que no

conozco al amo después de veinte años? ¿Cree usted que no sé dónde llega con la cabeza en la puerta del gabinete, habiéndole visto allí todas las mañanas de mi vida? No, señor; aquel ser con la careta no ha sido nunca el doctor Jekyll... Dios sabe quién es, pero nunca ha sido el doctor Jekyll, y creo de todo corazón que allí ha habido un asesinato. Poole, si usted dice eso, mi deber será ponerlo en claro. Con todo lo que deseo no mortificar al amo, con todo lo confuso que me ha dejado esa carta, que parece demostrar que aún vive, creeré mi deber forzar esa puerta ¡Eso es hablar, mister Utterson! Y ahora viene la segunda cuestión. ¿Quién va a hacerlo? ¿Quién? Usted y yo.

Tal fue la valiente respuesta. Muy bien dicho prosiguió el abogado , y ocurra lo que ocurra, yo he de hacer que no salga usted perjudicado.

Hay un hacha en el anfiteatro, y puede usted tomar el atizador de la cocina.

El abogado asió aquel tosco pero pesado instrumento, y lo examinó: ¿Sabe usted, Poole dijo alzando la vista , que usted y yo vamos a ponernos en una situación algo peligrosa? Puede usted decirlo con razón.

Conviene entonces que seamos francos. Los

dos pensamos más de lo que decimos; hablemos con claridad. Esa figura enmascarada que usted vio, ¿la reconoció? Le diré, señor; fue tan de prisa y la persona iba tan encorvada, que no podría jurarlo. Pero si usted quiere decir si era mister Hyde..., pues bien: ¡sí, creo que era él! Vea usted: venía a tener la misma estatura y tenía la misma ligereza; además, ¿qué otro que no fuera el podía haber entrado por la puerta del laboratorio? ¿Y ha olvidado que en la época del crimen tenía él todavía la llave? Y eso no es todo: no sé, mister Utterson, si vio usted alguna vez a ese mister Hyde. Sí; hablé una vez con él.

Entonces tiene usted que saber, como todos nosotros, que tenía aquel señor algo chocante, una cosa que le daba a uno como una vuelta..., no sé cómo decirlo bien más que así; sentía uno como una especie de frío y debilidad en los tuétanos.

Confieso que sentí algo de lo que usted dice.

Así es, señor. Pues bien: cuando aquel ser con careta saltó como un mono de entre los productos químicos y se escurrió en el gabinete, me corrió una cosa como hielo por el espinazo. Yo sé que eso no es una prueba, mister Utterson; ya he leído lo bastante para saber eso; pero uno tiene su sentir, y le digo a usted, sobre la Biblia, que era

mister Hyde.

Sí, sí dijo el abogado . Mis temores me llevan también por ese camino. Mucho mal, me temo que merecido..., mucho mal tenía que venir... de aquellas relaciones. Sí, de veras, le creo a usted; creo que han matado al pobre Harry, y creo que su asesino, Dios sólo sabe con qué propósito, está aún rondando en el cuarto de su víctima. Bien: seamos sus vengadores. Llame usted a Bradshaw. .

El lacayo acudió muy pálido y nervioso.

Anímese usted, Bradshaw dijo el abogado . Esta angustia los tiene a ustedes así; pero estamos dispuestos a acabar con ella. Poole y yo vamos a entrar por la fuerza en el gabinete. Si no ha pasado nada, echaré toda la responsabilidad sobre mis espaldas. Entretanto, por si algo ha ocurrido en efecto, o por si algún malhechor tratase de escapar por la trasera, usted y el muchacho dan la vuelta a la esquina, con un par de buenas estacas, y montan la guardia en la puerta del laboratorio. Les damos diez minutos para llegar a sus puestos.

Al irse Bradshaw, el abogado miró el reloj.

Y ahora, Poole, vámonos al nuestro dijo, y poniéndose el hierro bajo el brazo, abrió la marcha hacia el patio.

Las nubes voladoras habían cubierto la luna y todo estaba ahora en la oscuridad. El viento, que sólo soplabá a ráfagas en aquella hondonada entre los edificios, agitaba de un lado para otro la luz de la bujía en torno a sus pasos, hasta que llegaron al abrigo del anfiteatro, donde se sentaron a esperar en silencio. Londres zumbaba, solemnemente, alrededor; pero, más cerca, sólo rompía la quietud el rumor de unos pasos que cruzaban de un lado para otro el piso del gabinete.

Así pasea todo el día susurró Poole , y aun la mayor parte de la noche. Sólo hay un descanso cuando llega una nueva muestra de la botica. Es la negra conciencia la que no le deja reposo. ¡Ay, señor! , en cada paso que da, hay sangre malamente derramada. Pero vuelva a escuchar algo más de cerca..., ponga toda el alma en los oídos, mister Utterson, y dígame: ¿es ese el caminar de mi amo? Los pasos se marcaban de un modo ligero y raro, con una cierta impetuosidad, a pesar de que eran tan lentos; en nada se parecían, ciertamente, al caminar recio y crujiente de Henry Jekill. Utterson suspiró.

¿Nunca ha pasado nada más? preguntó.

Poole hizo un signo afirmativo.

Una vez dijo lo he oído llorar.

¿Llorar? ¿Cómo es eso? dijo el abogado, sintiendo un repentino estremecimiento de horror.

Llorar como una mujer o como un alma en pena. Me alejé con el corazón encogido y con ganas de llorar yo también. Los diez minutos habían pasado. Poole desenterró el hacha de debajo de un montón de paja; pusieron el candelero en la mesa más próxima, para que los alumbrase en el ataque, y, conteniendo el aliento, se acercaron adonde aquellos pasos pertinaces seguían aún su marcha. ¡Jekill! gritó fuertemente Utterson . Te pido que me dejes verte.

Esperó un momento; pero no hubo réplica.

Te lo advierto lealmente; tenemos sospechas; debo verte, y te veré; ¡sí no es por las buenas, será por las malas, con tu consentimiento o por la fuerza! ¡Utterson! dijo la voz ; Ten compasión!

¡Esa no es la voz de Jekill, es la de Hyde! ¡Abajo la puerta, Poole! Poole enarboló el hacha; al golpe se estremeció el edificio, y la puerta forrada de bayeta roja saltó contra la cerradura y los goznes. Un horrible alarido, como de mero terror animal, se oyó en el gabinete. Arriba fue el hacha otra vez, y otra, y volvieron a crujir los cuarterones y a saltar el bastidor; cuatro veces se repitió el golpe; pero la

madera era dura y el herraje de excelente calidad; sólo al quinto hachazo la cerradura se partió y los restos de la puerta cayeron hacia adentro, sobre la alfombra.

Los sitiadores, sobrecogidos por su propio estruendo y por la quietud que siguió después, se echaron un poco atrás y se quedaron mirando al interior. Allí estaba el gabinete ante sus ojos, a la luz apacible de la lámpara, con un buen fuego resplandeciente que chisporroteaba en la chimenea; el agua hervía en la tetera con tenue chirrido; uno o dos cajones abiertos; los papeles, cuidadosamente ordenados en la mesa de trabajo, y cerca del fuego, preparadas las cosas para el té. Era la habitación más tranquila y, a no ser por los armarios de cristales, llenos de productos químicos, se hubiera podido decir también que la más vulgar de Londres. Justamente en el medio de la pieza yacía el cuerpo de un hombre, dolorosamente contraído y aun agitado con sacudimientos. Utterson y Poole se acercaron de puntillas, lo dieron vuelta y contemplaron la cara de Edward Hyde. Estaba vestido con un traje excesivamente grande para él, ropas que correspondían a la corpulencia del doctor, los músculos de la cara aun se movían, pero la vida se había extinguido, y

por el frasco roto que tenía en la mano y el fuerte olor a almendras que había en el ambiente, Utterson comprendió que estaban frente al cuerpo de un suicida.

Hemos llegado tarde — dijo, severo, para salvar y para castigar. Hyde ha ido a rendir sus cuentas, y ya no tenemos más que hacer que buscar el cuerpo del amo.

La mayor parte del edificio estaba ocupada por el anfiteatro, que tomaba casi toda la planta baja; el resto, por el gabinete, que ocupaba otro piso en un extremo y daba al callejón. Un pasillo unía al anfiteatro con la puerta del callejón, y el gabinete comunicaba también con éste por una segunda escalera independiente. Había, además, algunos cuartos oscuros y un amplio subsuelo. Para cada cuarto bastó con una mirada, porque todos estaban vacíos, y el polvo que caía de las puertas demostraba que no se habían abierto desde hacía mucho tiempo. El subsuelo, además, estaba atestado de toda suerte de trastos del tiempo del cirujano predecesor de Jekyll, y, ya en la antesala, les previno de la inutilidad de más investigaciones el desprendimiento de un manto de telas de araña que había tenido sellada la puerta durante muchos años. Por ninguna parte ha-

bía trazas de Henry Jekill, ni muerto ni vivo.

Poole dio una patada en las losas del pasillo.

¡Aquí debe estar enterrado! dijo, escuchando el ruido. O puede haber escapado dijo Utterson, y se volvió para examinar la puerta de calle; estaba cerrada, y junto a ella, en las losas, encontraron una llave, ya enmohecida. Esto no tiene señal de haberse usado observó el abogado.

¡Usado! repitió Poole. ¿No ve usted que está rota, como si la hubiesen aplastado de una patada? Sí, y las roturas están también oxidadas.

Ambos se miraron asustados. Poole continuó el abogado, no entiendo nada de esto. Volvamos al gabinete.

Subieron la escalera en silencio; y echando una mirada medrosa de vez en cuando al cadáver, se pusieron a inspeccionar con más detenimiento lo que había en el gabinete. En una mesa se veían trazos de trabajos de química: varios montoncitos medidos de una sal blanca, en platillos de cristal, como preparados para un experimento que al desgraciado le hubieran interrumpido.

Esta es la misma droga que siempre le traía yo dijo Poole, y en aquel momento, el agua que hervía en la tetera se desbordó con un ruido alar-

mante.

Esto los llevó hacia la chimenea, donde la butaca estaba arrimada, cómodamente, al fuego, y el servicio de té dispuesto al lado del que había de sentarse, hasta con el azúcar en la taza. Había varios libros en un estante, y uno abierto junto a las cosas del té. Utterson vio con asombro que era un ejemplar de una obra piadosa que Jekyll tenía en gran estima, anotado de su propia mano con atroces blasfemias.

Después llegaron en su revista al espejo de cuerpo entero, en cuya diáfana profundidad miraron con involuntario horror; pero estaba inclinado de manera que sólo vieron el rosado fulgor de la lumbré jugueteando en el techo, las llamas reflejándose, cien veces repetidas, en el frente de cristales de los armarios, y sus propias caras, pálidas y temerosas, inclinadas para mirar. Este espejo, señor, ha visto algunas cosas raras — murmuró Poole.

Y, seguramente, ninguna tan extraña como él mismo — contestó el abogado con el mismo tono — Porque, ¿para qué Jekyll...? — y se contuvo en esta palabra con un estremecimiento, pero venciendo aquella debilidad, prosiguió : ¿Para qué podía necesitarlo Jekyll? — Lo mismo me pregunto yo — dijo Poole.

Siguieron después con la mesa de trabajo. En el pupitre, entre los papeles pulcramente arreglados, se hallaba, en primer término, un sobre grande con el nombre de mister Utterson escrito por mano del doctor. El abogado lo abrió y cayeron al suelo varios pliegos. El primero era un testamento redactado en los mismos términos extravagantes que el devuelto por él algunos meses antes y que había de servir como testamento en caso de muerte, o como acta de donación en caso de desaparición; pero, en lugar del nombre de Edward Hyde, leyó el abogado, con indecible asombro, el de Gabriel John Utterson. Miró primero a Poole, después volvió a mirar el papel, y, por último, al malhechor muerto, tendido sobre la alfombra.

¡Pierdo la cabeza! dijo . Ha estado éste aquí como dueño absoluto todos estos días; no tenía motivos para quererme; tenía que estar frenético al verse substituido, y no ha hecho desaparecer este documento.

Tomó después otro de los papeles: era una breve carta, con letra del doctor, que llevaba la fecha de ese mismo día. ¡Poole! gritó el abogado . ¡Estaba vivo y ha estado aquí hoy mismo! ¡No es posible que se le haya hecho desaparecer en tan po-

co tiempo; debe vivir aún, y habrá huido! Pero, entonces, ¿por qué huir? ¿Y cómo? Y siendo así, ¿podemos nosotros aventurarnos a declarar que esto ha sido un suicidio? Tengamos mucho cuidado. Me temo que si no, aun podamos traer sobre él alguna tremenda catástrofe.

¿Por qué no lee el señor la carta? preguntó Poole.

Porque tengo miedo respondió, solemne, el abogado ; ¡y Dios quiera que no haya causa para ello! Y con esto, se acercó el papel a los ojos y leyó:"Mi querido Utterson: Cuando ésta llegue a tus manos, habré desaparecido, no sé de qué manera, porque eso no alcanzo a preverlo; pero mi instinto y todas las circunstancias de mi inexpresable situación, me dicen que el fin es seguro y que debe llegar pronto. Vete, pues, y lee primero el relato que Lanyon pensaba dejar en tu poder, según me advirtió; y por si te importa saber mas, ahí tienes la confesión de tu indigno y desdichado amigo, Henry Jekill." ¿No había un tercer pliego? pregunto Utterson.

Aquí está, señor contestó Poole.

Y le dio un voluminoso paquete, lacrado en varios sitios. Mister Utterson se lo metió en el bolsillo.

Yo no diría nada de este papel dijo . Si Jekill ha huido o está muerto, quizá podamos salvar, al menos, su buen nombre. Son ahora las diez, tengo que irme a casa y leer estos documentos con calma; pero estaré de vuelta antes de media noche, y avisaremos entonces a la policía. Salieron, cerrando tras ellos la puerta del anfiteatro; y Utterson, volviendo a dejar a los criados apiñados en torno a la chimenea del hall, echó a andar penosamente hacia su despacho, para leer los dos relatos en los cuales iba a quedar explicado este misterio.

EL RELATO DEL DOCTOR LANYON

El 9 de enero, hoy hace cuatro días, recibí por el correo de la noche una carta certificada, en cuya dirección reconocí la letra de mi colega y antiguo discípulo Henry Jekyll. Me sorprendió no poco, pues no teníamos costumbre de escribirnos; lo había visto y aun había comido con él la noche antes, y no podía imaginar nada en nuestros tratos que hiciera necesaria la formalidad de certificar las cartas.

"Su lectura aumentó mi sorpresa, pues decía así:"10 de diciembre de 18...

"Querido Lanyon: Eres uno de mis amigos más antiguos, y aunque a veces hayamos disentido en asuntos científicos, no puedo recordar, al menos por mi parte, ninguna interrupción en nuestro afecto. No ha habido un solo momento en que si tú me hubieras dicho: "Jekyll, mi vida, mi honor, mi razón dependen de ti", no hubiese yo sacrificado mi fortuna o mi brazo derecho para acudir en tu ayuda.

"Lanyon: mi vida, mi honor, mi razón están a tu merced; si tú me fallas esta noche, estoy perdido. Podrás suponer, después de este exordio, que voy a pedirte algo que sea deshonroso conceder. Juzga por ti mismo.

"Necesito que aplaces cualquier otro compromiso que tengas esta noche..., sí, aunque te llamasen a la cabecera de un emperador; que tomes un coche, a menos que el tuyo no estuviese a la puerta, y que, con esta carta en la mano, para consultarla en caso de duda, vayas derecho a mi casa. Poole, mi mayordomo, ha recibido ya instrucciones y le encontrarás esperándote con un cerrajero. Hay que forzar la entrada de mi gabinete, y tienes que entrar solo, abrir la puerta del armario de cristales letra "E", a la izquierda, rompiendo la cerradura si está con la llave echada; y sacar, "con todo lo que contiene, tal como está", el cuarto cajón contando de arriba o, lo que es igual, el tercero desde abajo. En mi angustiada turbación, tengo un miedo morboso de darte mal las direcciones; pero, aunque me equivocase, puedes reconocer el cajón de que hablo, por lo que está en él: unos polvos, un frasco y un cuaderno. Te suplico que te lleses ese cajón contigo a la Cavendish Square, tal como está.

"Esta es la primera parte del servicio; vamos a la segunda.

"Deberás estar de vuelta, si te pones en camino en cuanto recibas esta carta, mucho antes de media noche; pero voy a dejarte todo ese margen, no sólo por temor a uno de esos obstáculos que no se pueden prever ni evitar, sino porque es preferible esa hora en que tus criados están en la cama, para lo que aún queda por hacer. A media noche, pues, tengo que pedirte que estés solo en tu sala de consulta, que abras tú mismo la puerta de la casa a un sujeto que se presentará de parte mía, y que le entregues el cajón que te habrás llevado de mi gabinete. Entonces habrás terminado tu parte y mi gratitud será completa. Cinco minutos después, si insistes en tener una explicación, habrás comprendido que todas esas disposiciones son de vital importancia, y que por desatender alguna de ellas, por fantásticas que puedan parecerte, podías haber cargado tu conciencia con mi muerte o el desquiciamiento de mi razón. "Aunque estoy seguro de que no echarás a broma esta súplica, se me paraliza el corazón y me tiembla la mano ante la simple idea de esa posibilidad. Piensa que estoy en este momento, en un lugar extraño, luchando bajo tan horrenda angustia,

que no hay imaginación capaz de exagerarla, y sabiendo, sin embargo, que si tú me atiendes puntualmente, todas mis desdichas se disiparán como un cuento que se ha acabado. Tu amigo, H J" P. D.

Ya había cerrado esta carta cuando un nuevo espanto me ha sobrecogido el alma. Es posible que, por falta de correo, no llegase esta carta a tus manos hasta mañana por la mañana. En ese caso, querido Lanyon, harás mi encargo cuando te venga mejor en el transcurso del día; y espera otra vez a mi mensajero a media noche. Quizá ya sea entonces tarde, y si la noche pasa sin que nada ocurra, sabrás que ya no volverás a ver a Henry Jekill." "Al acabar de leer esta carta, creí firmemente que mi colega estaba loco; pero, en tanto que eso no se demostrase, sin posibilidad de duda, me creí obligado a hacer lo que se me pedía. Cuanto menos comprendía de aquel fárrago, menos me creía capacitado para juzgar de su importancia, y un llamamiento concebido en tales términos no podía ser desoído sin grave responsabilidad. Me levanté, pues, de la mesa, me metí en un coche y fui derecho a casa de Jekill. El mayordomo me esperaba: había recibido por el mismo correo que yo, otra carta certificada con instrucciones, y había avisado en seguida a un cerrajero y a un car-

pintero. Mientras hablábamos, llegaron ambos, y todos marchamos juntos al antiguo anfiteatro quirúrgico del doctor Denman, desde el cual, como tú sabes, se puede entrar en el gabinete particular de Jekill. La puerta era muy recia y excelente la cerradura; el carpintero confesó que le costaría mucho y se ocasionaría gran destrozo si había de hacerse por la fuerza; el cerrajero no sabía qué hacer, pero era hombre mañoso, y después de dos horas de trabajo, la puerta se abrió. El armario marcado con la "E" estaba sin cerrar. Saqué el cajón, lo hice rellenar con paja y, envolviéndolo en un trapo, volví con él a Cavendish Square. Allí me puse a examinar su contenido. Los polvos estaban bastante bien empaquetados; pero no con esa meticulosidad propia de los boticarios, de modo que se veía que habían sido preparados por el mismo Jekill; y cuando abrí uno de los paquetes, encontré una simple sal cristalina de color blancuzco. El frasco, que examiné después, estaba lleno hasta la mitad de un líquido rojo y sanguíneo, de olor muy acre, y que me pareció contener fósforo y algún éter volátil; de los demás ingredientes, nada podía adivinar. El libro era un cuaderno corriente, y apenas contenía más que una serie de fechas. Comprendían éstas un período de mu-

chos años; pero observé que las anotaciones habían cesado de pronto desde hacía un año. Aquí y allí, una breve observación seguía a la fecha, generalmente de una sola palabra: "doble", la cual se repetía unas seis veces en un total de varios cientos de anotaciones; y una vez, al comienzo de la lista y seguida de varios signos de exclamación: "¡¡¡Fracaso total! ! ! " Todo esto, aunque picaba mi curiosidad, nada en concreto me decía. Aquí había un frasco de determinada tintura, papeles con una cierta sal y la anotación de una serie de experimentos que no habían conducido, como casi todas las investigaciones de Jekill, a ningún resultado de utilidad práctica. La presencia de esas cosas en mi casa, ¿cómo podía influir en el honor, ni en la cordura, ni en la vida de mi imaginativo colega? ¿Si su mensajero podía ir a un sitio, por qué no podía ir a otro cualquiera? Y aún suponiendo que hubiera algún impedimento, ¿por que tenía yo que recibir a aquel caballero en secreto? Cuanto más reflexionaba, más me iba persuadiendo de que se trataba de un caso de perturbación mental; y aunque hice que se acostasen mis criados, cargué un viejo revólver para no encontrarme sin algún medio de defensa.

"Apenas habían sonado las doce sobre Londres,

cuando el aldabón golpeó suavemente la puerta. Acudí yo mismo y encontré a un hombrecillo acurrucado entre las columnas del pórtico.

" ¿Viene usted de parte del doctor Jekyll? le dije.

"Me contestó que sí con ademán embarazado, y cuando le invité a entrar, no lo hizo sin echar antes, de reojo, una mirada escrutadora a las tinieblas de la plaza. No muy lejos estaba un policía, que se acercaba con su linterna abierta, y a su vista me pareció que el visitante se estremecía y se apresuraba.

"Confieso que esos detalles me impresionaron desagradablemente; y mientras le seguía hacia la luz brillante de la sala de consultas, conservé la mano sobre el arma. Allí, al fin, pude verlo a mi sabor. Jamás había puesto los ojos en él; de esto, al menos, estaba seguro. Era pequeño, como ya he dicho; me chocó la repulsiva expresión de su rostro, la rara combinación de gran energía muscular con una aparente debilidad de constitución y, por último, pero no menos, la extraña perturbación sugestiva que producía su proximidad; asemejábase a un escalofrío incipiente, acompañado por una notable disminución de pulso. En aquel momento sólo lo achacué a alguna repugnancia idiosincrásica personal, y

únicamente me maravilló lo agudo de los síntomas; pero después tuve razones para pensar que la causa yacía más honda en la naturaleza humana y que tenía más noble punto de apoyo que el mero sentimiento del odio.

"Aquel hombre que así desde el primer momento despertó en mí lo que no se podría designar más que como una repulsiva curiosidad estaba vestido de tal manera que habría convertido en un hazmerreír a cualquiera otra persona; sus ropas, digámoslo así, aunque de materiales ricos y severos, le quedaban desmesuradamente grandes por todos lados; los pantalones, muy remangados para no tocar en el suelo, colgaban como faldas sobre las piernas; la cintura de la chaqueta le venía por los muslos, y el cuello se abría desparramado sobre los hombros. Aunque parezca extraño, este grotesco atavío estaba lejos de hacerme reír. Por el contrario, como había algo anormal y deforme en la esencia misma de aquel ser que estaba ante mí algo que sobrecogía, chocaba y repelía, esta incongruencia parecía que se acoplaba con aquélla y la reforzaba; y así, al interés que despertaba en mi la naturaleza y el carácter de aquel hombre, se añadía una curiosidad por saber su origen, su vida, sus vicisitudes y su si-

tuación en el mundo.

"Estas observaciones, que tanto espacio ocupan escritas, fueron, sin embargo, obra de escasos segundos. Mi visitante parecía, en efecto, sobre ascuas y dominado por angustiosa agitación.

¿Lo tiene usted? gritó . ¿Lo tiene usted?
"Y tan grande era su impaciencia, que llegó a asirme del brazo, y aun trató de sacudirme.

"Lo rechacé, sintiendo al tocarlo una sensación de frío que me corría por la sangre.

" Vamos, señor mío; usted se olvida le dije que aun no tengo el gusto de saber quién es usted. Siéntese.

"Y le di el ejemplo, sentándome en mi silla acostumbrada, con tan perfecta imitación de mi actitud ordinaria ante un paciente, como me lo permitía lo tardío de la hora, la clase de mis preocupaciones y la repulsión que mi visitante me inspiraba.

Perdóneme usted, doctor Lanyon me contestó con cierta cortesía . Tiene usted harta razón; mi impaciencia ha dejado de lado mi educación. He venido, a instancias de su colega el doctor Henry Jekyll, para un asunto de alguna importancia, y tengo entendido...

"Se detuvo llevándose una mano a la garganta, y

pude ver que, a pesar de sus tranquilas maneras, estaba luchando con los primeros síntomas de un ataque de histerismo.

" Tengo entendido que un cajón...

"Pero al llegar aquí tuve lástima de la angustia del visitante, y acaso también de mi propia curiosidad, que iba en aumento.

" Allí está le dije, señalando el cajón en el suelo, detrás de una mesa, y envuelto aún.

"Dio un salto hacia él y se detuvo, poniéndose una mano sobre el corazón. Oí castañetear sus dientes con el sacudimiento convulsivo de las mandíbulas, y su semblante parecía tan espectral que me llegué a alarmar a la vez por su vida y por su razón.

" Tranquilícese usted le dije.

"Se volvió hacia mí con una sonrisa medrosa, y con la decisión de un desesperado arrancó la envoltura de un tirón. Al ver lo que había debajo, lanzó un ruidoso sollozo, expresión de tan intenso consuelo, que me dejó petrificado en la silla. Y un momento después, con voz ya casi segura:" ¿Tiene usted una copa graduada? me preguntó. "Me levanté con un gran esfuerzo y le di lo que me pedía.

"Me dio las gracias con una sonrisa, midió unos

pocos gramos de la tintura roja y le añadió un papel de polvos. La mezcla, de un tinte rojizo al principio, empezó a brillantarse y a hacer efervescencia a medida que los cristales se disolvían, exhalando nubes de vapor. Repentinamente cesó la ebullición, y al mismo tiempo la solución tomó un color púrpura oscuro que, a su vez, se fue desvaneciendo más lentamente para trocarse en un verde acuoso. Mi visitante — que había observado sin apartar los ojos esas metamorfosis — se sonrió, dejó la copa sobre la mesa, se volvió y me miró con aire escrutador.

" Y, ahora dijo , para terminar el asunto, ¿quiere usted ser prudente? ¿Quiere usted dejarse guiar? ¿Quiere usted permitirme que tome esta copa y salga de su casa sin más explicaciones? ¿O, acaso, se ha apoderado de usted la avidez de la curiosidad? Piense antes de responder, porque se hará lo que usted diga. Según lo que decida, se quedará usted como estaba, a menos que el servicio prestado a un hombre en mortal angustia no se cuente como una forma del bien para el alma; o, si bien usted lo prefiere, nuevos horizontes de la ciencia y nuevas sendas hacia el poder y la gloria quedarán abiertos ante usted, aquí, en esta habitación, en este instante;

y su vista quedará ofuscada por un prodigio capaz de hacer tambalearse la incredulidad de Satán.

" Caballero le dije, afectando una serenidad que estaba muy lejos de sentir , habla usted en enigmas, y acaso no le extrañe que no le escuche con excesiva credulidad. Pero ya he ido demasiado lejos en el camino de los servicios inexplicables, para detenerme sin haber visto el fin.

" Está bien, Lanyon, acuérdate de tus votos: lo que vas a ver cae bajo el secreto de nuestra profesión. Y, ahora, tú que has estado tanto tiempo atado a las ideas más mezquinas y materiales; tú, que has negado la virtud de la medicina trascendental; tú, que te has reído de los que eran tus superiores..., ¡mira! "Se llevó la copa a los labios y la apuró de un trago. Siguió un grito, giró sobre sí mismo, dio un traspié, se agarró a la mesa y se mantuvo asido a ella, mirando con ojos inyectados, jadeante, con la boca abierta. Mientras lo miraba, me pareció que se efectuaba un cambio... como si se hinchase... La cara se le puso de súbito negra; parecía que las facciones se le disolvían y se le alteraban... Y me incorporé y, de un salto, retrocedí hasta la pared con el brazo levantado para escudarme contra aquel prodigio, anonadado por el terror.

" ¡Dios mío! ¡Dios mío! grité una y otra vez; porque allí, ante mis ojos, pálido y tembloroso, medio desmayado y palpando ante él con las manos, como hombre que retornase de la muerte..., ¡allí estaba Henry Jekill! "Lo que me dijo en la hora que siguió no puedo decidirme a consignarlo en el papel. Vi lo que vi, oí lo que oí, y desfalleció mi alma; y, no obstante, ahora, que aquella visión ha desaparecido de ante mis ojos, me pregunto si creo en ello, y no puedo responderme. Mi vida está removida hasta sus raíces; el sueño ha huido de mí; un terror mortal me persigue día y noche, a todas horas; siento que mis días están contados y que debo morir, y, sin embargo, moriré incrédulo. En cuanto a la torpeza moral que aquel hombre desveló ante mí en la hora que siguió, aunque con lágrimas de penitencia, no puedo ni siquiera recordarla sin un estremecimiento de horror. No diré más que una cosa, Utterson, y eso, si puedes avenirte a creerlo, será más que suficiente. El ser que se deslizó en mi casa aquella noche era conocido, según la propia confesión de Henry Jekill, con el nombre de Hyde, y se le perseguía por todos los rincones de la tierra como el asesino de Carew.

Hastie Lanyon.

"LA CONFESION DE HENRY JEKILL"

Nací en el año 18..., heredero de una gran fortuna, dotado, además, de excelentes virtudes, con natural inclinación al trabajo, ganoso del aprecio de los sabios y de los buenos entre mis prójimos y, por tanto, como puede suponerse, con todas las garantías de un porvenir honroso y distinguido. Y, a decir verdad, la peor de mis faltas tan sólo consistía en una disposición alegre, ansiosa de placeres, cualidad que ha hecho felices a muchos, pero muy difícil de reconciliar, para mí, con un imperioso deseo de llevar la cabeza muy erguida y ostentar ante las gentes un continente más que ordinariamente grave.

"De aquí vino a resultar que oculté mis goces, y que cuando llegué a la edad de la reflexión y empecé a darme cuenta de mis progresos y posición en el mundo, estaba ya condenado a una profunda duplicidad en mi vida. Irregularidades como las que yo cometía, habrían sido para muchos hasta motivos

de vanagloria; pero desde la altura de los ideales que yo me había trazado, las veía y las ocultaba con un sentimiento casi morboso de vergüenza. Era, pues, lo exigente y rígido de mis aspiraciones, más que ninguna extraordinaria degradación en mis faltas, lo que me hacía ser tal como era y lo que separó en mí, con una zanja más honda que en la mayoría de los hombres, esas dos regiones del bien y del mal que dividen y componen nuestra doble naturaleza.

"Esto mismo me hizo meditar profunda e insistentemente en esa dura ley de la vida que está en el fondo de toda religión y que es una de las fuentes más copiosas de sus padecimientos. Aunque hombre de dos caras, no era yo, en modo alguno, un hipócrita: mis dos aspectos eran genuinamente sinceros. No era yo menos mi propio ser cuando dejaba a un lado todo freno y me hundía en la vergüenza, que cuando trabajaba, a la luz del día, en el adelanto de la ciencia o en remediar ajenas desdichas y dolores.

"Y sucedió que la orientación de mis estudios, que tendía por completo hacia lo místico y trascendental, ejerció gran influjo y proyectó viva luz en este conocimiento de la perenne lucha entre mis componentes. Día por día y así, desde el punto de

vista moral como desde el intelectual; me iba acercando sin cesar a esta verdad, por cuyo descubrimiento incompleto he sido condenado a tan horrendo naufragio: que el hombre no es realmente uno, sino dos. Digo dos, porque el avance de mis propios conocimientos no va más allá de este punto. Otros vendrán después, otros que me dejarán atrás e irán mas lejos por las mismas sendas; y aventuro la profecía de que el hombre será reconocido al cabo como una nueva comunidad de múltiples ciudadanos, independientes y heterogéneos. Yo, por mi parte, por la propia naturaleza de mi vida, avancé sin vacilar en una dirección y sólo en una; y fue en la esfera de lo moral y en mi propia persona donde me di cuenta de la completa y primitiva dualidad del hombre. Vi que si en el campo de mi conciencia se destacaba una forma de mi naturaleza, yo no podía identificarme con ella sino bajo la condición de identificarme a la vez con otra; y desde muy temprano, ya antes de que en el proceso de mis descubrimientos científicos se vislumbrase la más vaga posibilidad de tal milagro, me había acostumbrado a acariciar con delectación, como un dulce sueño, la idea de la separación de esos elementos. Si cada uno de ellos me decía pudiera

ser alojado en una personalidad distinta, la humanidad se vería aliviada de una insoportable pesadumbre. El protervo seguiría su camino, libre de las aspiraciones y de los remordimientos de su inflexible hermano gemelo, y el justo podría caminar, firme y seguro, por su senda ascendente, practicando las buenas acciones en que encuentra su gozo y sin estar ya nunca expuesto a deshonras y penitencias por culpa de la maldad ajena. Era el anatema de la humanidad que estuviesen atadas juntas en un solo haz esas dos cosas antagónicas, y que en la dolorida entraña, en la conciencia, los dos gemelos irreconciliables mantuvieran una lucha sin tregua.

"Hasta ese punto había llegado en mis reflexiones, cuando una luz indirecta empezó a iluminar el tema desde la mesa del laboratorio. Comencé a percibir, en grado mayor de lo que hasta ahora se había llegado nunca a insinuar, la vacilante inmaterialidad, la efímera inconsistencia, como la de una neblina, de este cuerpo, al parecer tan sólido, con el que andamos vestidos. Encontré que ciertos agentes tenían el poder de sacudir y arrancar esa carnal vestidura, como puede agitar el viento los cortinajes de un pabellón. Por dos razones de peso no profundizaré mucho en esta parte científica de mi confesión.

Primero, porque aprendí que el sino y la carga de nuestra vida los llevamos atados para siempre a los hombros, y que, cuando intentamos sacudirlos, vuelven a nosotros con más extraña y espantable pesadumbre. La segunda, porque, como mi relato va a demostrar, ¡ah! , con harta evidencia, que mis descubrimientos eran incompletos. Baste, pues, con que diga que no solamente descubrí que mi cuerno natural no era más que un mero hábito o un fulgor de las fuerzas que constituían mi espíritu, sino que también pude componer una droga por cuyo medio se podría quitar a esas fuerzas la supremacía, y substituir aquella forma y apariencia por una segunda, la cual no sería menos natural en mí porque fuera la expresión y llevase el sello de los elementos más bajos de mi alma.

"Vacilé mucho antes de someter esta teoría a la prueba de la experimentación. Bien sabía que me jugaba la vida; pues una droga que tenía tal poder para conmover y transformar el sostén mismo de la personalidad, podía, por el mínimo exceso en la dosis, o por la mínima falta de oportunidad al administrarla, borrar, sin que quedase rastro, ese inmateral tabernáculo que yo pretendía transformar por su acción. Pero la tentación de un descubrimiento tan

insólito y trascendental prevaleció al fin sobre las sugerencias del temor. Hacía ya mucho tiempo que había preparado la tintura; compré inmediatamente una gran cantidad de cierta sal que, según sabía por mis experimentos, era el último ingrediente que se requería; y ya tarde, una noche maldita, compuse la droga, la miré hervir y humear en la copa y, cuando la ebullición hubo cesado, con un brioso arranque de valor, la bebí.

"Sentí en seguida dolores desgarradores; como trituración en los huesos, náuseas mortales y un horror del espíritu que no podría ser sobrepasado a la hora del nacimiento o de la muerte. Después empezaron a calmarse rápidamente esas agonías, y volví en mí como si saliera de una grave enfermedad. Había algo extraño en mis sensaciones, algo nuevo, inefable y, por su misma novedad, increíblemente agradable. Sentíame más joven, más ligero, más feliz físicamente; y en mi interior me daba cuenta de una arrebatada osadía, de un fluir de desordenadas imágenes sensuales que pasaban raudas por mi fantasía como el agua por el canal de un molino; de un aflojamiento de todas las ligaduras del deber, y de una desconocida, pero no inocente, libertad del alma. Me sentí, al primer aliento de esta nueva vida, más

perverso, cien veces más perverso, un esclavo vendido a mi demonio innato, y esta idea, en aquel momento, era como un delicioso vino que me tonificaba. Estiré los brazos, embriagado por la frescura de esas sensaciones, y en aquel instante noté, de pronto, que había perdido en estatura.

"No había entonces espejo en mi cuarto; el que ahora está junto a mí, mientras escribo, fue traído más tarde, precisamente para esas transformaciones. La noche, entre tanto, había ya avanzado hasta la madrugada, y ésta, negra como era, estaba ya a punto de engendrar el día; las gentes de mi casa dormían sumidas en las horas de más pesado sueño, y enardecido como estaba por la esperanza y el triunfo, decidí aventurarme, en mi nueva forma, hasta mi alcoba. Crucé el patio y pude pensar que las constelaciones, desde allá arriba, me miraban con asombro: la primera criatura de tal especie que su insomne vigilancia les había revelado desde la eternidad. Me deslicé por los pasillos — un extraño en mi propia casa —, y al llegar a mi cuarto, vi por primera vez la fisonomía de Edward Hyde.

"Debo hablar aquí sólo en hipótesis, diciendo, no lo que sé, sino lo que imagino como más probable. El lado malo de mi naturaleza, al que ahora ha-

bía yo transferido la virtud plasmante, era menos robusto y estaba menos desarrollado que el lado bueno, que acababa de abandonar. Además, en el curso de mi vida — que, después de todo, en sus nueve décimas partes, había sido de esfuerzo, virtud y dominio de mí mismo —, el lado malo había sido mucho menos ejercitado y se había gastado menos. Y de aquí vino a resultar, según pienso, que Edward Hyde fuera mucho más pequeño, más delgado y más joven que Henry Jekyll. Así como la bondad resplandecía en el semblante del uno, la maldad estaba escrita, clara y patente, en la cara del otro. El mal, además — que aun creo es la parte letal del hombre — había dejado en aquel cuerpo una impresión de deformidad y ruina. Y, sin embargo, cuando contemplé la fealdad de aquel ídolo en el espejo, no sentí repugnancia alguna; antes, lo recibí con un impulso de alegría. Aquél era también mi propio ser. Parecía natural y humano. A mis ojos representaba una imagen más viva del espíritu, parecía más directa y hasta entonces me había acostumbrado a llamar mía. Y hasta ese punto tenía yo, sin duda, razón. He observado que, cuando revestía la forma de Edward Hyde, nadie podía acercarse a mí por primera vez sin sentir un recelo físico de mi carne.

Esto, según me lo explico, es porque todos los seres humanos con quienes tropezamos son un compuesto del bien y del mal, y sólo Edward Hyde, en las filas de la humanidad, era puro mal.

"Sólo me detuve un momento ante el espejo; el segundo y decisivo experimento estaba todavía por intentar. Aun había que ver si había perdido mi identidad sin posibilidad de rescatarla y debía huir, antes de que llegase el día, de una casa que ya no era mía; y apresurándome a volver a mi gabinete, otra vez preparé y bebí la droga, sufrí de nuevo las angustias de la disolución de mi ser, y otra vez volví en mí con el carácter, la estatura y la cara de Henry Jekyll.

Aquella noche había llegado a la encrucijada fatal. Si yo me hubiese acercado a mi descubrimiento con más noble espíritu, si me hubiera arriesgado al experimento mientras estaba bajo el imperio de generosas y santas aspiraciones, todo habría sido distinto, y de esas agonías de muerte y alumbramiento habría resurgido como un ángel y no como un demonio. La droga carecía en su acción de discernimiento; no era divina ni diabólica; no hacía más que quebrantar las puertas de la prisión y, como los cautivos de Philippi, lo que estaba dentro se

escapaba. En aquel tiempo, mi virtud dormitaba; mi maldad, a quien la ambición mantenía despierta, estaba al acecho y pronta para aprovechar la ocasión; y lo que surgió fue Edward Hyde. De aquí que, si bien tenía yo ahora dos caracteres, así como dos apariencias, uno era pura maldad, y el otro seguía siendo el antiguo Henry Jekyll, aquella mezcla incongruente de cuya reforma y mejora había ya aprendido a desesperar. La tendencia era, pues, decididamente hacia lo peor.

"En aquel tiempo no había yo podido todavía vencer mi aversión a la seca aridez de una vida de estudio. Aun me sentía, a veces, con livianas inclinaciones, y como mis placeres eran por no decir más indignos, y era yo no sólo muy conocido y altamente considerado, sino que me iba acercando a la madurez, esta incoherencia de mi vida se iba haciendo más insoportable cada día. Fue por aquí por donde mi nuevo poder me tentó hasta que caí en su cautiverio. No tenía más que apurar la copa, despojarme del cuerpo del eminente profesor y ponerme, como si fuera un gabán, el de Edward Hyde. La idea me hizo sonreír; me parecía en aquel entonces cosa divertida, e hice mis preparativos con cuidado escrupuloso. Tomé y amueblé aquella casa en el Soho,

hasta la cual fue siguiendo la policía el rastro de Hyde; y admití como ama de llaves a una persona de la que sabía muy bien que era callada y sin escrúpulos. Por otra parte, anuncié a mis criados que un mister Hyde, cuya descripción les hice, iba a tener toda libertad y poder en mi casa de la plaza, y para prevenir todo tropiezo, hasta fui allí y me hice familiar a todos en mi segunda personificación. En seguida hice aquel testamento, al que tanto te opusiste, Utterson, de suerte que si algo me ocurría en la persona de Henry Jekyll, pudiera entrar en la de Edward Hyde sin pérdidas pecuniarias. Y así fortificado, según creí, por todos lados, empecé a aprovecharme de las extrañas inmunidades de mi posición.

"Antes de ahora ha habido gentes que han alquilado rufianes para ejecutar sus crímenes, mientras ellas y su reputación quedaban ocultas en la sombra. Yo he sido el primero que haya hecho eso para sus placeres. Yo fui el primero que así pudo pasear solemnemente, ante los ojos del público, con un cargamento de campechana respetabilidad, y en un instante, como un chico de la escuela, desnudarse de esas cosas postizas y zambullirse de cabeza en el mar de la libertad. Pero para mí, envuelto en mi manto impenetrable, la seguridad era completa.

Piénsalo..., yo ni siquiera existía. No tenía más que traspasar las puertas del laboratorio, disponer de un par de segundos para preparar e ingerir la bebida, que tenía siempre casi lista, y cualquier cosa que hubiese hecho Edward Hyde se desvanecía como el vaho del aliento sobre un espejo; y allí, en su lugar, tranquilamente en su casa, despabilando la lámpara de su despacho, estaría un hombre que podía permitirse tomar a broma toda sospecha: Henry Jekyll.

"Los goces que me apresuré a buscar bajo mi disfraz eran, como he dicho, indignos; no podría, en justicia, emplear un término más severo. Pero en manos de Edward Hyde pronto empezaron a derivar hacia lo monstruoso. A menudo, cuando regresaba de esas excursiones, quedábame sumido en una especie de estupor ante la depravación de mi otro yo. Este familiar que yo había evocado de mi propia alma, y a quien enviaba sólo para que hiciera su gusto, era un ser fundamentalmente maligno y villano; todos sus actos y pensamientos se centraban en sí mismo; bebía con avidez bestial el deleite que manaba de la tortura infligida al prójimo; era inexorable, como un hombre de piedra. Henry Jekyll quedábase a veces despavorido ante los actos de Edward Hyde; pero la situación estaba fuera de las le-

yes normales, e insidiosamente aflojaba las estrechas ataduras de la conciencia. Era Hyde, después de todo, el culpable, y nadie más que Hyde; Jekyll no se había hecho peor; al despertar volvían otra vez a él sus buenas cualidades, al parecer incólumes, y hasta se apresuraba, cuando era posible, a remediar el daño que Hyde había hecho. Y así se adormecía su conciencia.

"En los detalles de las infamias, a las que así contribuí pues aun ahora mismo me resisto a admitir que las cometí yo , no tengo propósito de entrar. Quiero tan sólo hacer notar los avisos y los sucesivos pasos con que se iba acercando mi castigo. Me ocurrió un accidente que, como no tuvo consecuencias, no haré más que mencionar. Un acto de crueldad contra una niña despertó la cólera de un transeúnte, a quien reconocí el otro día en la persona de tu pariente; el médico y la familia de la niña se unieron a él, y hubo momentos en que temí por mi vida; y, al fin, para aplacar su más que justo resentimiento, Edward Hyde tuvo que traerlos hasta la puerta y pagarles con un cheque a nombre de Henry Jekyll. Pero este peligro quedó fácilmente eliminado para lo futuro con solo abrir otra cuenta en otro banco distinto a nombre del propio Edward Hyde;

y cuando hube provisto de firma a mi doble, inclinando mi letra hacia atrás, me creí seguro y fuera del alcance del destino.

"Unos dos meses antes del asesinato de sir Danvers, salí a correr una de mis aventuras, regresé muy tarde y desperté al siguiente día en mi cama con sensaciones un tanto raras. En vano miraba en torno de mí; en vano vi el decorado de los muebles y lo espacioso de mi habitación de la plaza; en vano reconocí el dibujo de las cortinas y la cama de caoba; había algo que seguía insistiendo en que yo no estaba donde estaba, en que no me había despertado donde parecía estar, sino en el cuartito del Soho, donde estaba acostumbrado a dormir en el cuerpo de Edward Hyde. Me hacía esto sonreír, y en mi prurito psicológico comencé perezosamente a analizar los elementos de esta ilusión, sin que por eso dejase de caer de cuando en cuando en un confortable y ligero sueño matutino. Aun seguía así, cuando, en uno de los momentos en que estaba más despabilado, mi mirada fue a posarse sobre mi mano. Pues bien: la mano de Henry Jekyll era como tú has observado, a menudo "profesional" en forma y tamaño: grande, firme, blanca y proporcionada. Pero la mano que ahora veía con harta clari-

dad, a la luz amarilla de una mañana en el centro de Londres, descansando entreabierta sobre las ropas de la cama, era flaca y nervuda, nudosa, de una oscura palidez y sombreada por un vello negro y espeso: era la mano de Edward Hyde.

"Debí de quedarme mirándola, con los ojos fijos, por más de medio minuto, sumido como estaba en la mera estupidez del asombro, antes de que el terror se despertase en mi pecho, súbito y alarman- te, como un golpe de platillos; y, saltando de la cama, me precipité hacia el espejo. Ante lo que vieron mis ojos, sentí que la sangre se me trocaba en algo sutilmente fluido y glacial. Sí; me había acostado Henry Jekyll y me había despertado Edward Hyde. ¿Cómo se podía explicar esto? me pregunté a mi mismo, y, en seguida, con otro sobresalto de terror : ¿Cómo podría remediarlo? "La mañana estaba ya muy entrada; los criados, en pie; todas mis drogas en el gabinete, y era un largo viaje el ir hasta allí desde el sitio en que me hallaba, paralizado de espanto: bajar dos tramos de escalera, salir por el pasadizo de atrás, atravesar el patio descubierto y, después, el anfiteatro... Podía, es cierto, taparme la cara; ¿pero de qué me servía si no había medio de disimular el cambio de estatura? Y entonces, con

una embriagadora y grata sensación de estar salvado, me acordé de que los sirvientes estaban ya acostumbrados a las idas y venidas de mi segundo yo. Me vestí a escape, lo mejor que pude, con ropas de mi tamaño primitivo; a escape atravesé la casa, encontrándome con Bradshaw, que abrió los ojos en redondo y se echó hacia atrás al ver a mister Hyde a tales horas y en tan extraño indumento, y, diez minutos después, el doctor Jekyll había recuperado su propia forma y estaba sentado a la mesa, con sombría frente, para hacer una simulación de desayuno. "Escaso, en verdad, era mi apetito. Este inexplicable incidente, este trastocarse de mis anteriores experiencias, parecía como el dedo acusador sobre el muro en Babilonia; y empecé a reflexionar con mas seriedad que hasta entonces en las consecuencias y posibilidades de mi doble existencia. Aquella parte de mí mismo que yo tenía el poder de proyectar al exterior había sido, desde algún tiempo, muy ejercitada y nutrida; me había parecido como si, últimamente, el cuerpo de Edward Hyde hubiese aumentado de talla, como si cuando yo revestía aquella forma sintiera un más brioso fluir de la sangre; y empecé a vislumbrar el peligro, si aquello seguía así, de que el equilibrio de mi naturaleza se

rompiese para siempre, que perdiera la facultad del cambio voluntario, y que la personalidad de Edward Hyde llegase a ser, irrevocablemente, la mía. La eficacia de la droga no se había mostrado siempre igual. Una vez, en los comienzos, me había fallado del todo; y, después, en más de una ocasión, había tenido que doblar la dosis, y en una de ellas, con inminente riesgo de vida, que triplicarla; y esas inseguridades, aunque poco frecuentes, habían sido hasta entonces la única sombra que oscurecía mi contento. Ahora, sin embargo, y en vista del accidente de aquella mañana, tuve que reconocer que, así como al principio lo difícil era desprenderse del cuerpo de Jekyll, en los últimos tiempos y de un modo paulatino, pero decidido, la dificultad se había ido pasando al lado opuesto. Todo parecía, pues, indicar esto: que iba perdiendo poco a poco el asidero de mi primitivo y mi mejor yo, y que, lentamente, me iba incorporando al segundo y peor.

"Ahora vi que tenía que escoger entre los dos. Mis dos naturalezas tenían la memoria en común; pero todas las demás facultades se repartían muy desigualmente entre ambas. Jekyll que era compuesto, unas veces con los más vivos temores y otras con ávido deleite, planeaba los placeres y

aventuras de Hyde y tomaba su parte en ellos; pero Hyde sentía absoluta indiferencia por Jekyll, o, si pensaba en él, era tan sólo como el bandido de la sierra se acuerda de la cueva en que se esconde de sus perseguidores. Jekyll tenía más que el interés de un padre; Hyde tenía más la indiferencia de un hijo. Unir mi suerte a la de Jekyll era morir para todos esos apetitos que durante largo tiempo había tolerado en secreto; pero que, últimamente, había empezado a regalar y mimar; unirla a la de Hyde era morir para mil intereses y altas aspiraciones, y convertirme de un golpe y para siempre en un ser despreciable y solitario. El trato pudiera parecer desigual; pero aun había otra consideración que echar en la balanza: porque en tanto que Jekyll sufriría abrasándose en el fuego de la abstinencia, Hyde ni siquiera se daría cuenta de lo que había perdido. Extrañas eran mis circunstancias; pero los términos de este debate son tan viejos y vulgares como el hombre mismo. Alicientes y temores muy semejantes deciden el destino de cualquier tentado y medroso pecador; y ocurrió conmigo, como con la gran mayoría de mis prójimos, que escogí el mejor partido y me hallé luego sin la firmeza necesaria para mantenerme en él.

"Sí; preferí el maduro y descontentadizo doctor, rodeado de amigos y acariciador de honradas esperanzas; y di un adiós definitivo a la libertad, a la relativa juventud, al paso ligero, al vigoroso latir de la sangre y a los ocultos placeres de que había gozado bajo la envoltura de Hyde. Quizá hice esta elección con alguna inconsciente reserva, pues ni levanté la casa del Soho, ni destruí las ropas de Hyde, que aun seguían listas en el gabinete. Durante dos meses, sin embargo, me mantuve fiel a mi resolución; y en ese tiempo llevé una vida de tal austeridad como nunca la había alcanzado hasta entonces, y gocé de la compensación de una conciencia satisfecha. Pero el tiempo empezó a borrar la novedad de mis temores: comenzaron a torturarme nuevas ansias y anhelos, como de Hyde debatiéndose por la libertad; y, al fin, en un momento de desmayo moral, compuse una vez más, y la bebí, la pócima transformadora.

"No creo que cuando un borracho habitual razona consigo mismo acerca de su vicio, llegue a pensar, una vez entre mil, en los peligros que su bestial insensibilidad física puede hacerle correr; tampoco había tenido yo suficientemente en cuenta, aunque tanto había meditado sobre mi posición, la completa insensibilidad moral, y la insensata preste-

za para el mal que eran las principales características de Edward Hyde. Por ellas, sin embargo, vino mi castigo. Mi demonio había estado largo tiempo enjaulado, y salió bramando. Sentí, en el instante mismo de tomar la bebida, una propensión, más frenética y desesperada que nunca, hacia el mal. Esto fue, me figuro, lo que revolvió en mi alma aquella tempestad de cólera con que escuché las cortesías de mi desgraciada víctima; al menos, declaro ante Dios que ningún hombre moralmente cuerdo podía haberse hecho culpable de tal crimen por tan inocente provocación; y que herí sin otra razón que la que pueda tener un niño enfermo para romper un juguete. Pero, voluntariamente, me había despojado de todos esos instintos de equilibrio mediante los cuales hasta el peor de nosotros puede caminar entre tentaciones con cierto grado de estabilidad; y en mi caso, la tentación, por leve que fuese, era la caída.

"Instantáneamente el genio del infierno despertó en mí, loco de rabia. Con un arrebato de júbilo me puse a golpear aquel cuerpo inerte, saboreando cada golpe con deleite, y solo cuando empezaba a cansarme sentí el corazón sobrecogido bruscamente, en el más frenético ataque de mi delirio,

por un escalofrío de terror. Una bruma se dispersó; vi que mi vida estaba sentenciada, y huí de la escena de aquellos horrores, a la vez glorioso y temblando; mi concupiscencia del mal, satisfecha y estimulada; mi amor a la vida, más intenso que nunca. Corrí a la casa del Soho, y, para hacer la seguridad doblemente segura, quemé mis papeles. Salí de allí y corrí las calles a la luz de los faroles, en el mismo estado de ánimo: gozándome en mi crimen e ideando frívolamente otros para lo futuro, y, al propio tiempo, apresurándome cada vez más y aguzando más y más el oído para escuchar detrás de mí los pasos del vengador. Hyde tenía una canción en los labios mientras componía la droga, y, al beberla, brindó por el muerto; aun no habían acabado de desgarrarle los tormentos de la transformación, cuando Henry Jekyll, bañado en lágrimas de gratitud y remordimiento, había caído de rodillas y levantaba a Dios sus manos suplicantes. El velo de la propia indulgencia se había rasgado de arriba abajo, y vi todo el conjunto de mi vida; la seguí desde los días de la niñez, cuando caminaba de la mano de mi padre, y a través de los trabajos y sacrificios de mi carrera profesional, hasta llegar una y otra vez, con la misma sensación de irrealidad, a los nefandos ho-

rrores de aquella noche. Sentía ganas de gritar: con lágrimas y oraciones traté de aplacar la muchedumbre de espantosas imágenes y sonidos que me asaltaban la memoria; y todavía, entre las plegarias, la horrible faz de mi iniquidad se asomaba dentro de mi alma. A los agudos remordimientos, cuando empezaron a ceder, sucedió un sentimiento de gozo. El problema de mi conducta estaba resuelto. Hyde era en adelante imposible; quisiera o no, quedaba yo ahora prisionero en la parte mejor de mi ser y... ¡oh, qué alegría al pensarlo! ¡Con qué cordial humildad me así de nuevo a las restricciones de la vida normal! ¡Con qué sincera renunciación cerré la puerta con la llave que tantas veces me había servido en mis entradas y salidas, y la pisoteé hasta aplastarla.

"El siguiente día trajo la noticia de que el crimen había tenido testigos, que la culpabilidad de Hyde era evidente para todos, y que la víctima era persona que gozaba de gran estimación pública. Creo que esas noticias me causaron alegría; me alegré de tener mis mejores impulsos así amurallados y guardados por el miedo al patíbulo. Jekyll era ahora mi ciudad de refugio: que Hyde se asomase no más que un instante, y las manos de todos se alzarían para asirlo y llevarlo a la muerte.

"Resolví redimir el pasado con mi conducta futura; y puedo decir honradamente que mi resolución dio algunos frutos buenos. Tú mismo sabes con qué ardor trabajé, en los últimos meses del año pasado, en aliviar sufrimientos; tú sabes que hice mucho por los demás, y que los días transcurrieron tranquilos, casi dichosos, para mí. No puedo, en verdad, decir que me cansase de esa vida inocente y benéfica; creo, por el contrario, que cada día me complacía más plenamente en ella. Pero aún pesaba sobre mí la aflicción de mi dualidad de designios, y cuando el primer impulso de mi arrepentimiento se fue embotando, mi ser inferior, tanto tiempo complacido y tan recientemente encadenado, empezó a gruñir ansioso de licencia. No es que yo soñase en resucitar a Hyde; la mera idea de tal cosa poníame frenético. No, era que una vez más, en mi propia persona original, me sentía tentado a jugar con mi conciencia, y si al fin caí ante los asaltos de la tentación, fue como un ordinario y secreto pecador.

"A todo le llega su fin; la más amplia medida acaba por colmarse, y esta breve condescendencia con mi maldad acabó de romper el equilibrio de mi alma. Y, sin embargo, no me alarmé: la caída parecía natural, como un retorno a los días lejanos, antes de

que hiciera mi descubrimiento. Era un día de enero, hermoso y claro, húmedo el suelo donde se había derretido la escarcha, pero limpio de nubes allá arriba; y en el Regent's Park lleno de pájaros que piaban, había gratos efluvios de primavera. Me senté al sol en un banco: el animal que estaba dentro de mí se entretenía en relamer sensuales gustosos recuerdos en la memoria; mi espíritu, un tanto adormilado, hacía promesas de inmediata penitencia, pero sin decisión para comenzarla. Después de todo, pensaba, yo era como todos los demás; y hasta sonreía comparándome con otros y poniendo al lado de mi activa bondad la perezosa crueldad de su negligencia. Y en el mismo instante de ocurrírseme esta vanidosa idea, me tomó un desfallecimiento, con horribles náuseas y morales sacudidas. Cuando estos síntomas se calmaron, me quedé exhausto, y después, a medida que me iba reponiendo de esa debilidad, empecé a notar un cambio en el tono de mis pensamientos: mayor audacia, desprecio del peligro, falta de las ligaduras del deber. Miré hacia abajo: las ropas colgaban informes sobre mis miembros mermados; la mano que descansaba en mi rodilla era correosa y peluda. Una vez más era yo Edward Hyde. Un momento antes había estado seguro del

respeto de todos, era rico, querido de muchos..., la mesa me esperaba puesta en mi casa; y ahora era la alimaña perseguida por todos, cazado, sin refugio, un asesino célebre, carne de horca. "Mi razón se tambaleaba, pero no me abandonó del todo. Más de una vez había notado que, en mi segunda condición, mis facultades parecían aguzarse extraordinariamente y que mis energías adquirirían mayor tensión y elasticidad. Y así sucedió que, en un trance en que quizá Henry Jekill hubiera sucumbido, Hyde se levantó a la altura de las circunstancias. Mis drogas estaban en uno de los armarios del gabinete, ¿cómo llegar hasta ellas? Tal era el problema que, apretándome las sienes entre con las manos, me puse a resolver. Había cerrado la puerta del laboratorio; si intentaba entrar en la casa, mis propios criados me entregarían al verdugo. Vi que tenía que valerme de mano ajena, y pensé en Lanyon. ¿Cómo podía llegar hasta él? ¿Cómo persuadirlo? Suponiendo que escapase a la captura en las calles, ¿cómo iba a lograr que me admitiese en su presencia? ¿Y cómo iba yo un visitante desconocido y desagradable a convencer al famoso médico para que entrase a saco en el despacho de su colega el doctor Jekill? Me acordé entonces de que me quedaba algo de mi

primitiva personalidad: podía escribir con mi propia letra. Y en cuanto esta fulminante chispa saltó en mi mente, quedó iluminado, de punta a punta, todo el camino que había de seguir. "Así, pues, arreglé mis ropas como mejor pude y, llamando a un coche que pasaba, me hice llevar a un hotel en la calle de Portland, cuyo nombre recordaba por casualidad. Al ver mi atavío que era, en verdad, harto cómico, por trágico que fuese el destino del que aquellas ropas cubrían, el cochero no pudo ocultar su regocijo. Lo miré, rechinando los dientes, con un arrebatado de diabólica furia, y la sonrisa se heló en sus labios, felizmente para él, y aun más felizmente para mí, pues, en otro instante, lo habría tirado del pescante. Al entrar en el hotel, miré en torno mío con aire tan tenebroso que hizo temblar a los dependientes. Ni una mirada osaron cambiar en mi presencia y, obsequiosos, recibieron mis órdenes, me condujeron a una habitación y me llevaron recado de escribir. Hyde, en peligro de su vida, era un ser nuevo para mí: sacudido por una rabia loca, enardecido a punto para el asesinato, ávido de hacer daño. Y, sin embargo, conservaba su astucia; dominó su furia con un vigoroso esfuerzo de la voluntad; escribió las dos cartas, tan importantes, una para

Lanyon y otra para Poole; y para estar seguro de que hablan sido echadas al correo, las envió con orden de que las certificasen.

"Después, pasó todo el día en su habitación, sentado junto al fuego, royéndose las uñas; allí comió, a solas con sus terrores, haciendo temblar al camarero cada vez que se encontraban sus miradas; y desde allí, cuando cerró la noche, se echó a la calle y, guarecido en un coche cerrado, anduvo por la ciudad de acá para allá. Digo "él"..., no puedo decir "yo". Aquel engendro del infierno no tenía nada de humano; nada vivía en él como no fuera el miedo y el odio. Y cuando, al fin, figurándose que el cochero empezaba a sospechar, lo despidió y se aventuró a pie por entre los transeúntes nocturnos, trajeado con las mal ajustadas ropas, centro de atracción de todas las miradas. Marchaba de prisa, perseguido por sus propios temores, hablando consigo mismo por las calles menos frecuentadas, y no cesaba de contar los minutos que aun faltaban para la media noche. Una mujer fue a hablarle, creo que para venderle una caja de fósforos, pero él le dio un golpe en la cara, y la mujer huyó.

"Cuando volví en mí, en casa de Lanyon, creo que el horror de mi viejo amigo llegó a afectarme un

tanto. No lo sé; no sería a lo sumo sino una gota más en el mar; tal era la execración con que recordaba después aquellas horas. Un cambio se había operado en mí. Ya no era el temor de la horca, sino el horror de ser Hyde, lo que me atormentaba. Escuché como en un sueño la reprobación de Lanyon, y como en un sueño volví a mi casa y me metí en la cama. Dormí, después del agotamiento de la jornada, con una invencible y profunda modorra que ni siquiera pudieron romper las pesadillas que me torturaron. Desperté por la mañana quebrantado y débil, pero rehecho. Aun aborrecía y tenía la idea de la bestia que dormitaba dentro de mí, y no había olvidado, por supuesto, los espantosos terrores del día anterior; pero ya estaba otra vez en mi casa, bajo mi propio lecho, al lado de mis drogas, y la gratitud por mi escape resplandecía tan intensamente en mi alma, que casi rivalizaba con la luz de la esperanza.

"Cruzaba sosegadamente el patio, después de desayunar, respirando con deleite la frescura del aire, cuando sentí de nuevo esas indescriptibles sensaciones que anunciaban el cambio; y apenas tuve tiempo para cobijarme en el gabinete antes de que ya estuviera otra vez luchando con la furia y la agitación de las pasiones de Hyde. Se hizo preciso en

aquella ocasión doblar la dosis para que pudiera volver en mí; y ¡ay! , seis horas después, cuando estaba sentado mirando tristemente el fuego de la estufa, las ansias volvieron, y otra vez tuve que administrarme la droga. En suma: desde aquel día en adelante parecía que sólo por un gran esfuerzo, que pudiera llamar gimnástico, y únicamente bajo el estímulo inmediato de la droga, podía sustentar la fisonomía de Jekill. A todas horas del día y de la noche, se presentaba el estremecimiento y, sobre todo, si me dormía o en cuanto me adormecía un instante en la butaca, siempre era Hyde al despertar. Bajo el agobio de esta amenaza, siempre cerniéndose sobre mí, y por el insomnio a que yo me condenaba a mí mismo aun más allá de lo que yo creía que el hombre era capaz de resistir , llegué a convertirme en la persona de Jekill, en un ser consumido y agotado por la fiebre, desmayado y débil de cuerpo y de espíritu y ocupado en un solo pensamiento: el odio a mi otro yo. Pero tan pronto como me dormía o se pasaban los efectos de la medicina, me encontraba, de un salto y casi sin transición porque las congjas del cambio iban notándose menos cada día , con una fantasía desbordante de aterradoras imágenes, un alma agitada por odios sin causa y un cuer-

po que no me parecía bastante recio para contener las fieras energías vitales. Parecía que la fuerza de Hyde había crecido a costa del agotamiento de Jekyll. Y en verdad que el odio que ahora los dividía era igual por cada parte. Por la de Jekyll era una cosa de instinto vital. Había visto ahora toda la deformidad de aquella criatura que compartía con él alguno de los fenómenos de la conciencia y era su coheredero hasta la muerte; y, fuera de esos lazos de comunidad que constituían por sí la parte más dramática de su desdicha, concebía a Hyde, a pesar de toda su vigorosa vitalidad, como cosa no sólo infernal, sino inorgánica. Y esto era lo intolerable; que el limo del abismo pareciese articular gritos y voces; que el polvo amorfo gesticulara y pecase; que lo que estaba muerto y no tenía forma le usurpase los atributos de la vida. Y esto, además de aquel indomable horror, estaba unido a él más íntimamente que una esposa, más de cerca que sus propios ojos: estaba enjaulado en su misma carne, donde lo oía gemir y lo sentía forcejear por nacer, y que, en todo momento de debilidad y en la confianza del sueño, prevalecía contra él y lo suplantaba en la vida.

"El odio de Hyde a Jekyll era de distinta naturaleza. Su miedo a la horca le obligaba de continuo a

cometer suicidios pasajeros y a tornar a la situación subordinada de ser sólo una parte en lugar de una persona, pero aborrecía esa necesidad, odiaba el abatimiento en que Jekyll había caído, y sentía el agravio de la aversión con que éste lo miraba. De ahí las simiescas jugarretas que maquina contra mí, como garrapatear blasfemias, con mi letra, en las paginas de mis libros o quemar las cartas y el retrato de mi padre; y es seguro que, a no ser por su temor a la muerte, ya hace mucho tiempo que habría buscado su propia ruina, sólo por arrastrarme a mí en ella. Pero su amor a la vida es admirable, y aún digo más: yo, que siento escalofríos ante la mera idea de Hyde, cuando pienso en la abyección y en el frenesí de ese amor y en cómo teme mi poder de extinguir su vida suicidándose, no puedo menos de sentir piedad por él en el fondo de mi corazón.

"Es inútil proseguir este relato y, aunque quisiera, no me queda tiempo para hacerlo. Baste decir que nunca sufrió nadie tales tormentos, y, sin embargo, aún siendo como eran, el hábito trajo... alivio, no; pero sí una especie de encallecimiento del alma, una cierta desesperada aquiescencia, y mi castigo pudiera haberse prolongado años enteros a no ser por la postrera calamidad que ha caído sobre mí

y que me ha separado definitivamente de mi propio rostro y naturaleza. Mis provisiones de la sal, que no había renovado desde la fecha del primer experimento, comenzaron a escasear. Envié a buscar un nuevo pedido y compuse la bebida; se produjo en seguida la ebullición y, después, el primer cambio de color; pero no el segundo; la bebí y no produjo efecto. Poole puede decir cómo hice revolver todo Londres de arriba abajo. Fue en vano; y estoy ahora persuadido de que la primera que compré no estaba pura, y que fue aquella impureza desconocida la que prestó eficacia a la poción.

"Ha transcurrido cerca de una semana, y estoy ahora terminando esta confesión bajo la influencia de los restos que aun me quedaban de la primitiva sal. Esta, pues, es la postrera vez, a no ocurrir un milagro, que Henry Jekyll puede pensar sus propios pensamientos y ver su propia cara — ¡tan lastimosamente demudada! — en el espejo. Ni debo retardarme en poner término a este escrito; pues si hasta ahora se ha librado de ser destruido, se debe a la vez a una gran precaución y a extraordinaria suerte. Si las ansias del cambio llegaran mientras escribo, Hyde lo haría pedazos; pero si transcurrido algún tiempo, su pasmoso egoísmo y su tendencia a vivir

el momento es probable que salven este manuscrito de su simiesco frenesí. Aunque es verdad que el sino fatal que nos aguarda por instantes a los dos, ya ha producido en él un cambio y lo ha subyugado. Dentro de media hora, cuando otra vez, y ya para siempre, vuelva yo a asumir aquella aborrecida personalidad, sé que estaré sentado en la butaca, estremecido y lloroso, o que continuaré paseando arriba y abajo por este cuarto — mi último refugio en la tierra —, aguzando el oído, con el más intenso y temeroso anhelo, para sorprender cualquier ruido amenazador. ¿Morirá Hyde en el patíbulo, o tendrá suficiente valor para liberarse el mismo en el postrer momento; Dios lo sabe; a mí no me importa. Esta es la verdadera hora de mi muerte y, lo que venga después, no me concierne a mí, sino a otro. Aquí, pues, al dejar la pluma y sellar el sobre que encierra esta confesión, pongo fin a la vida del desventurado Henry Jekyll.